

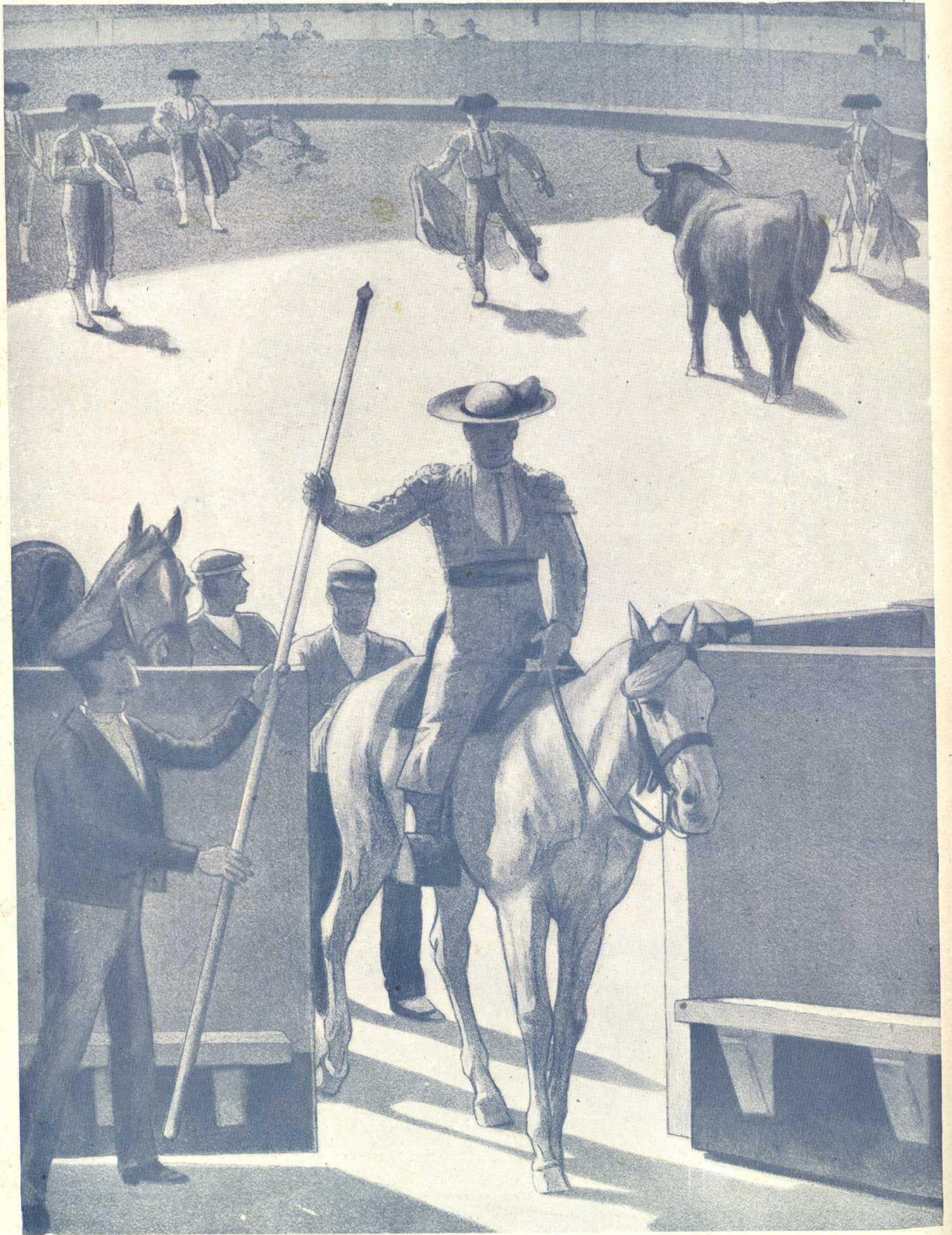
S U P P L E M E N T O T A U R I N O S E M A N A L D E M A R C A

# El Ruedo



1<sup>50</sup>  
Pts

JAAVEDRA



Cambio de suerte  
(Dibujo de Perea)



# El Ruvedo

Mañolito saludando al público después de la muerte de su primer toro en la primera corrida de feria en Vitoria, del que cortó la oreja

(Foto. Herx)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Una larga cambiada, de rodillas, de Pepín Martín Vázquez en el segundo toro

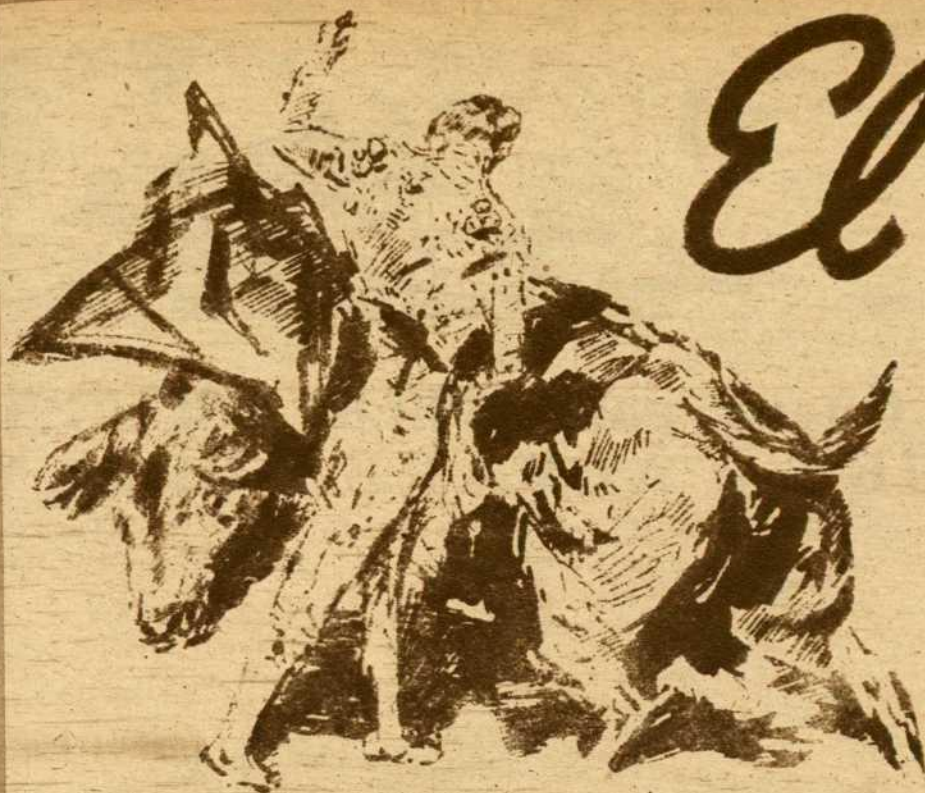
Un par de banderillas del mismo diestro

Dos momentos de la faena realizada con su segundo toro, del que cortó las dos orejas



Uno de los toros, al saltar la barrera, se encontró con un aguador—¡qué suerte la suya! la del aguador, claro, que resultó afortunadamente ileso

ANTONIO CASERO



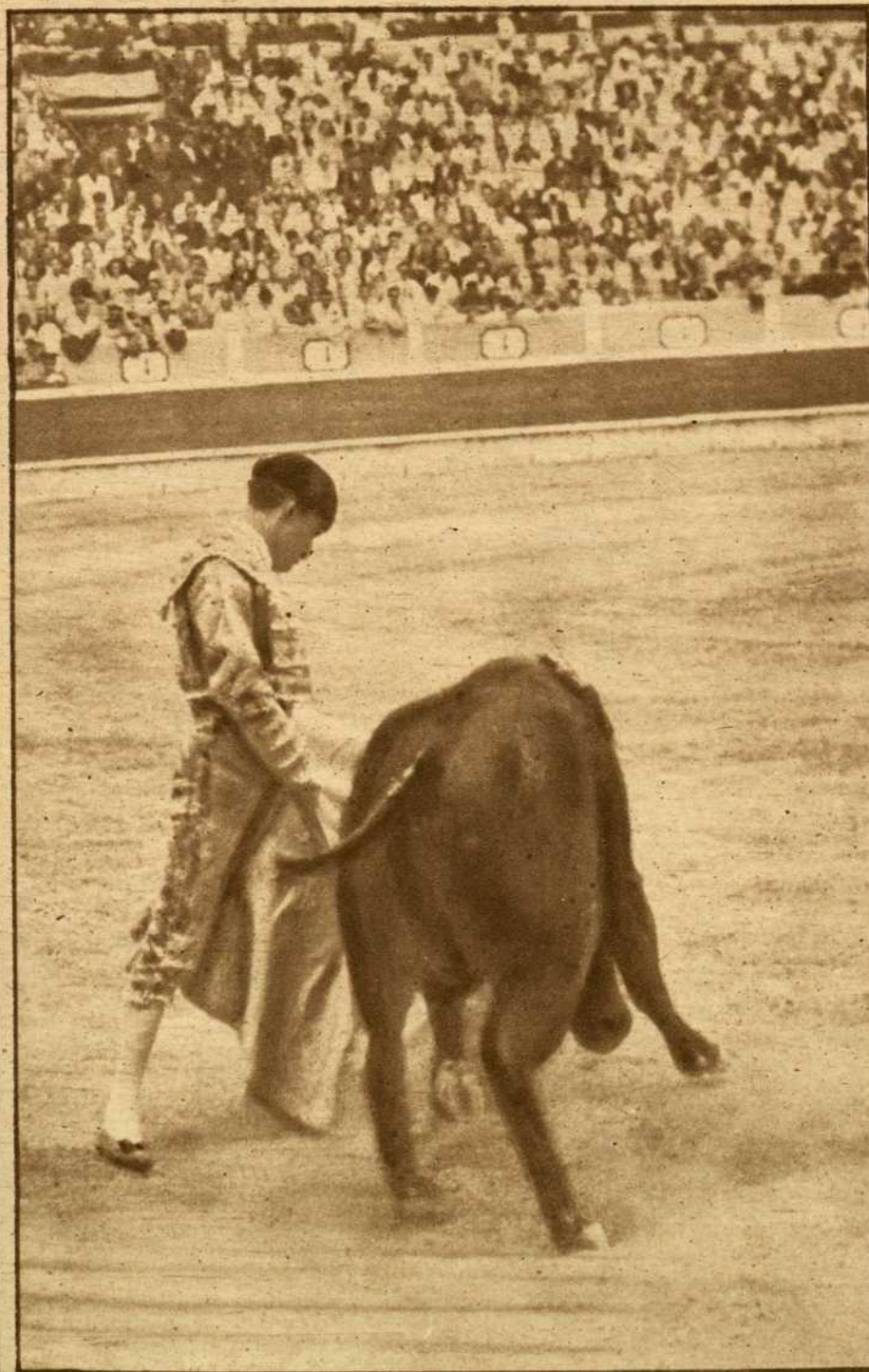
# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I

Madrid, 9 de agosto de 1944

Núm. 9



FERIA DE VITORIA.—Juanito Belmonte toreando por verónicas a su primer toro en la segunda corrida. (Foto Elorza)

## PREGÓN DE TOROS

Por JUAN LEON



**R**ECUERDO ahora, en este magnífico reposo que significa no asistir a las corridas que organiza la Empresa madrileña, aquella primera temporada taurina inmediata a la Liberación. Los que habíamos sufrido en la capital de España las adversidades que dieron tan dramático tono a la zona roja, tardamos mucho en echar de menos la fiesta nacional.

La fe en una vida nueva nos iba llenando, sin embargo, de confianza, y mientras dejábamos a un lado inquietudes sombrías, pensábamos emocionados en el brillo—casi remoto—de los caireles. La plaza, partida en media luna por el sol y la sombra, la rutilante arena, las tablas bermejas, el graderío desbordante de enardecida multitud, el paseillo, destumbrador de luces y colores, la suerte de varas, insustituible, la gracia alada del inútil tercio de banderillas—conforme, admirado maestro Sassoué—, y, al fin, la roja muleta sometiendo a la muerte para matarla con la bruñida espada. Al llegar aquí en el recuerdo, una cascada de luces y colores nos nublaba la vista, como cuando se aprietan los ojos en la oscuridad o como cuando nos divertíamos infantilmente con el giro del calidoscopio ante el ojo entornado.

Llegada la Liberación, asistimos con verdaderas ansias a los primeros espectáculos taurinos. Lo hacíamos con la misma ufania y casi la misma ingenuidad que cuando éramos niños. Todo era motivo de regocijo. Nos divertía ver toros de distintas capas, de distintos estilos y castas; apetecíamos que las cuadrillas desfilasen con los más variados ternos, sin que faltase el rojo y oro predilecto, y no nos disgustaba que unos quedasen bien y otros mal. Era como si quisiéramos captar en unas cuantas corridas todas las añoradas emociones de la fiesta, todos sus altibajos, toda su acritud y toda su gracia. Su belleza y su crueldad. Cuanto es la fiesta.

Luego comenzaron las exigencias. A los viejos les oíamos añorar tiempos pasados, con toros más grandes, más viejos, más difíciles y toreros más lidiadores. A los jóvenes, a los que por primera vez abrían los ojos encandilados al milagro permanente del impar espectáculo, les veíamos desear el toro más chico, más recortado, más cómodo, para poder exigir a los diestros el parón, la quietud y el temple al margen de la eficacia, de la lidia, de la lucha contra la dificultad.

Nos deleitábamos tan por igual en los viejos que en los nuevos gustos. Comprendíamos, veíamos, que los toros deberían ser más grandes y los toreros más completos, más lidiadores, más diestros—que por algo se les aplica este adjetivo—; pero no podíamos sustraernos a la ilusión de los nuevos cuando veíamos a un torero—torerito—bajar las manos y, despacio, muy despacio, hacer volver y revolver una y otra vez al torito junto a sus piernas.

Después fué peor. Los viejos se pusieron intransigentes. "¡Chotos, chotos!", gritaban. Los jóvenes llamaban basto al primer diestro que encauzaba hábilmente toda la lidia de un toro para la muerte. Nos aturdían lamentablemente los gritos de uno y otro lado. Y de pronto, un día, la solución vino sola.

Primera. La quietud y el temple deben ser ya características esenciales de la lidia. Para fijar al toro en el engaño, sólo el engaño debe moverse.

Segunda. Todos los toros, mansos o bravos, pueden embestir si en la obligada porfía no fallan ni el corazón ni la cabeza del diestro; y

Tercera. Ni fama, ni fortuna, ni honradez profesional, ni valor, pesan más que una sola cosa: vocación, o mejor dicho, afición.

Peró se hace demasiado largo este "Pregón", que continuaré otro miércoles, para alivio de los aficionados que no pueden ver toros.

# La corrida del domingo en MADRID



SEIS novillos del Hoyo de la Gitana, para EMILIO ESCUDERO, PEPE MARTIN VAZQUEZ y ALVAREZ PELAYO

## RESEÑA



Escudero en un desplante

La entrada bordea el lleno. Preside el señor Caruncho. Tarde calurosa. Se lidian novillos de Hoyo de la Gitana por Emilio Escudero, José Martín Vázquez y Alvarez Pelayo.

Primero.—Berrendo. Nervioso y con genio. Escudero veroniqua y remata con media. (Palmas.) Cinco varas, dos derribando. Cogidas de un picador, Alvarez Pelayo y Escudero. Quitas de todos y ovación a las chicuelinas de Martín Vázquez. Dos pares y medio. Escudero torea por bajo, en redondo y un molinete. El toro se revuelve y achucha al torero, que torea a la defensiva. Un pinchazo sin soltar y media caída. (Pitos.)

Segundo.—Negro y cornigacho. Martín Vázquez lo recibe con dos verónicas y media muy buenas. (Ovación.) Cinco varas. Quitas del matador con largas de rodillas, por la espalda y a la verónica. (Ovación.) Quitas de Alvarez Pelayo y Escudero. Martín Vázquez quiebra dos pares y medio. (Muchas palmas.) Telonea y da tres naturales y uno de pecho enormes. (Ovación.) Dos redondos, molinete y pase de pecho. (Ovación.) Adornos con gracia, e iguala. Ocho pinchazos, media estocada y descabello.

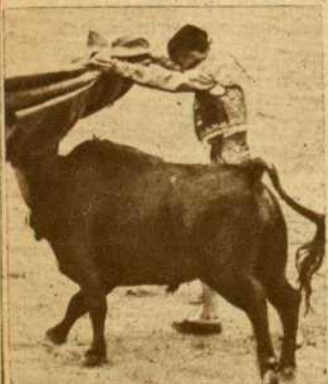
Tercero.—Cojo; se retira, y sale el sexto, corretón. Antonio Iglesias lo para y oye palmas. Cuatro varas. Quite de Pepín a la navarra, capote a la espalda. (Ovación.) Un par y tres medios pares. Alvarez Pelayo muletea por alto y en redondo. Sigue por bajo y molinetes repetidamente. Al muletear con las dos manos, a la chicuelina, sale cogido. Media delantera. Al igualar sale cogido otra vez. Un pinchazo en la frente.

Cuarto.—Quitas de Escudero y de Martín Vázquez a la espalda, saliendo achuchado. Dos pares y medio. Escudero brinda en los medios. Pases por bajo, tirones, y en el centro, por bajo y alto, con la derecha. Tres manoletinillas. Una estocada aguantando y cinco descabellos.

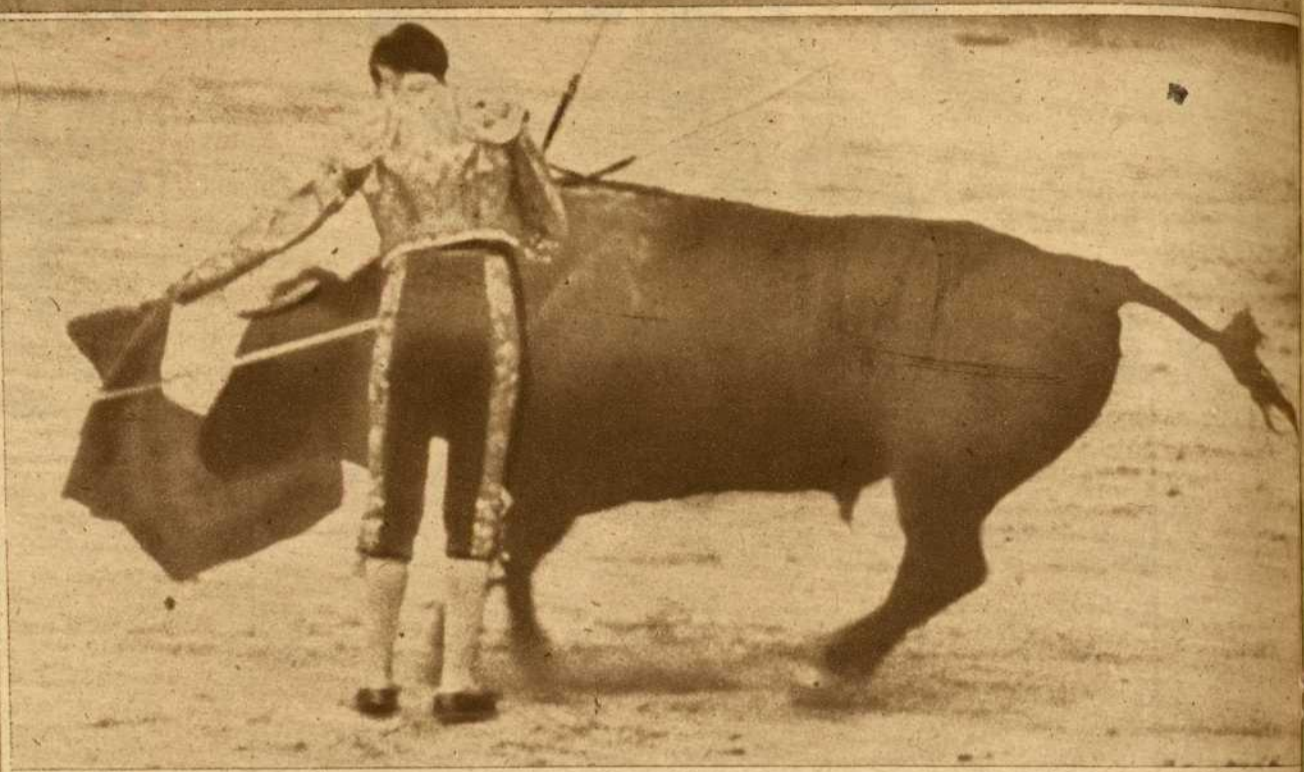
Quinto.—Martín Vázquez lancea bien. (Palmas.) Cuatro varas. Quitas de Pepín a la verónica y de frente por detrás. Dos pares por bajo. Ocho naturales y un molinete. Cuatro manoletinillas. (Ovaciones.) Desplante de rodillas. Tres naturales y un molinete. Una estocada. (Ovación y orejas.)

Sexto.—Escudero brega valiente. Mata de tres pinchazos y media.

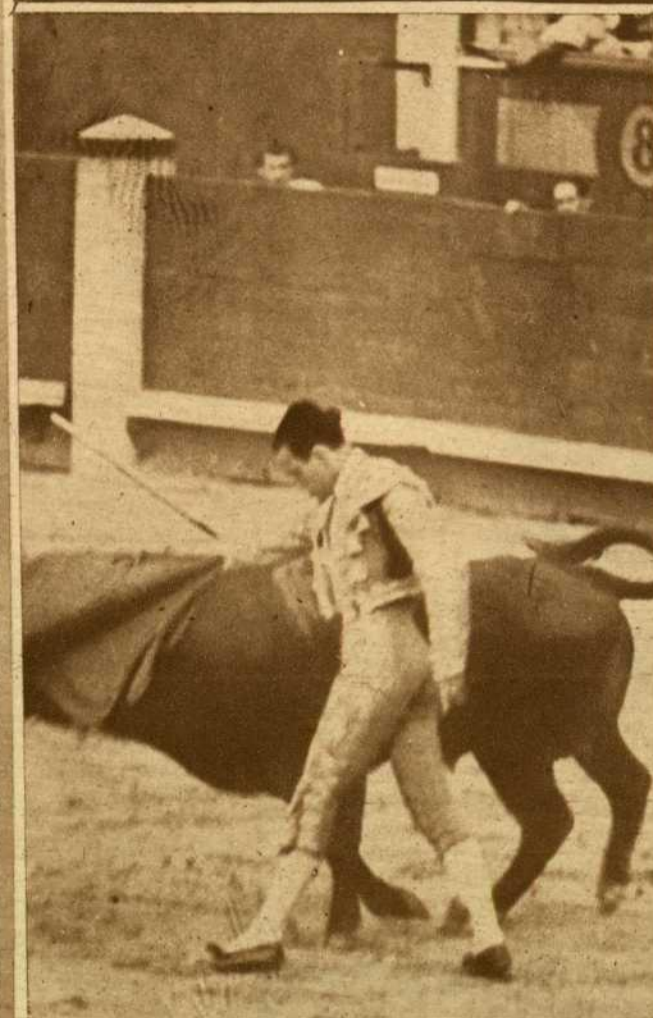
Alvarez Pelayo sufre contusión en el hombro derecho.



Alvarez Pelayo torea de capa



Pepín Martín Vázquez, que cortó las orejas de su segundo novillo, torea de muleta con la izquierda al primero de su lote



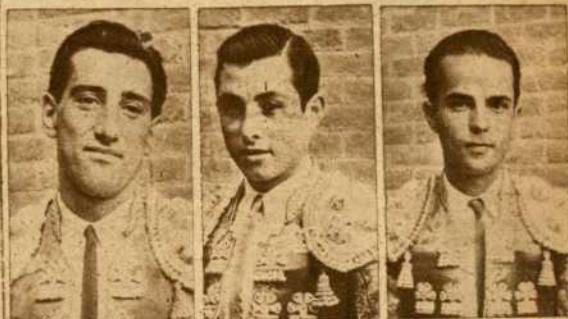
Alvarez Pelayo torea de muleta al único novillo que mató, por haber sufrido diversas cogidas, que le impidieron continuar la lidia



Emilio Escudero torea de capa, en un quite al segundo de la tarde

## JUICIO CRITICO

### Casi maestro



E. Escudero Martín Vázquez Alvarez Pelayo

José Martín Vázquez sale por todos los lados en el recuerdo y en las notas tomadas de la novillada del domingo. Pocas veces, si no nos remontamos a los figuras magnas que se vistieron de luces, ha parecido la Plaza tan llena de un torero que llevase tanto sobre sus hombros la alegría del festejo. Más que del festejo, la casi entera alegría de la fiesta de toros, salpimentada de emoción y cuajadura novilleril, estuvo ayer enfundada en la taleguilla sangre y oro del pequeño de los Martín Vázquez, que parece andar el camino de ser el mayor y el eje de la dinastía en la presente generación. A su lado, naturalmente, quedaron sus compañeros en la opacidad de dos estilos, el voluntarioso y embarullado de Emilio Escudero y el apático y sin cuajar sino en la obsesión del adorno, de Alvarez Pelayo. Mucho Martín Vázquez por delante, mucho novillero con personalidad, placeado en el primer lugar de la categoría, que va a dejar pronto y con razón para encaramarse en la superior y definitiva. Allí le esperan las filas de la alegría y de la gracia, que ya no constarán sólo de cabeza de serie, sino de un añadido muy interesante para nutrirlos. Yo, a fuer de aficionado, no puedo sino alegrarme que al lado de la corriente dominante venga un refuerzo a este registro del toreo, tan indispensable por lo demás.

El pequeño Martín Vázquez llenó ayer la Plaza de una personalidad, que aun apuntada a tramos en sus cuatro tardes precedentes, ayer se dió con añadidura colmada y casi con redondeo. Ese casi va a cuenta del único momento de nervosismo que cupo al triunfador, espada en mano ante su primer enemigo. No pasó el pitón, y el quedarse en la cara le obligó a siete pases y a diluir lo que la gracia de su toreo le había dado ya con el capote, con las banderillas, quebrando tres pares con valor y maneras y en una faena de muleta que fué sobre la izquierda en comienzo y fin de pecho y con la derecha por los caminos del adorno personalísimo. Pero allí había estado ya José Martín Vázquez con presencia en todos los quites, de frente por verónicas, por chicuelinas; por detrás, a la navarra, capote a la espalda y una larga cambiada de rodillas. Habían salido unas medias verónicas en que cada una era un primer de gracia y finura. Así en todos los toros y así en el quinto, cuando ya las ovaciones cerradas que sus pinchazos habían evaporado, sonaban ya a cada metida de capote.

La faena del quinto, de esa justeza que los hace saber a poco, como todo lo bueno, vino tras el tanteo y los tironcillos al terreno. Echó su muleta a la izquierda para dibujar el natural centrado y finísimo de arte por ocho veces, rematado en molinete. El de pecho no salió aquí, pero el diestro supo por qué, porque este mozo sabe ya para enseñar a muchos. Cuatro manoleínas, y de desplante; José que se arrodilla en la cara, suelta los trastos, los deja con calma, y allí que se está el tiempo para que la Plaza se ponga en pie, muchos porque estas cosas los poseen siempre, pero aquí firma quien lo hizo porque la seguridad, la vista y el dominio ya son ingredientes de mayor cuantía torera. Se recrea a coger todo con calma e igualdad para matar. Ni un pase más de quince y dos tirones. Pero la gente está en que no. Otra vez la izquierda y dos naturales surgen milagrosos, con molinete final, a estas alturas. Y la estocada y el toro al suelo para atrastrarlo sin las orejas que este José Martín Vázquez posea dos veces por la arena antes de saludar algunas más. El mocito este anda para la maestría, si nos fijamos en estas cosas tan justas, y casi diría tan púcaras, de su segundo toro triunfal. Pero hoy lo de toda la tarde y el despliegue de una gracia casi conseguida por entero, suplida con valor enrabietado unas veces y sostenida por él siempre. Este chiquillo tiene que decir muchas cosas si el salto acaba de pulir y cohesionar. A mí hubo momento en que me pareció ya un maestro mágico de la gracia, del arte y de la alegría.

Escudero dió voluntad sempiterna, pero se embarulló con el genio de sus enemigos potables, salvando la mansedumbre del sobrero con algún choyo. Verde aun, le hace falta cuajar muchas nociones del toreo y torear en aprendiz aún, extrayendo a su valor todas las posibilidades. Alvarez Pelayo tampoco tiene transición entre el adorno a treche y moche y una base de lidia indispensable, cuya falta le llevó apurado y revolcado dos o tres veces. Los dos andan aún con mucho camino por delante para aprender lo que necesitan y que llegará, a lo mejor, si no desmayan y laboran. Pero ayer pisaba la Plaza un casi maestro imberbe, a quien todo le sale ya de dentro.

Novillos con genio los dos primeros en varas y lidia prontos y pegajosos. Algo bajos el resto, dentro de su tipo apretado, pero buena novillada en conjunto y confortadora y lucida, por lo que tuvo quiebra el régimen de saldo. Ayer quebró en esto la Empresa y quebraron las muchas entradas. Para que el elogio no sea general, el alza de precios le puso lunar. Mejores los picadores que los de a pie, con mención de Molina y Farnesio. La peonada, danzando afanosa y capoteadora sin ton ni son. Iglesias sobresalió, capote y paños en mano.

EL CACHETERO



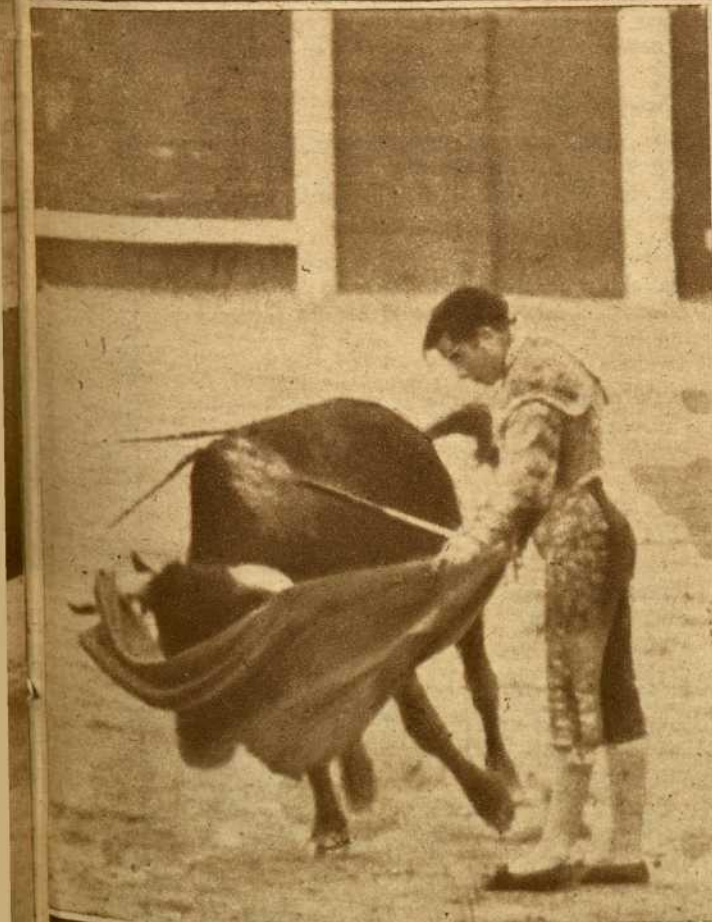
Los tres matadores—Pepín Martín Vázquez, Emilio Escudero y Alvarez Pelayo—, en el callejón, momentos antes de hacer el pasefallo



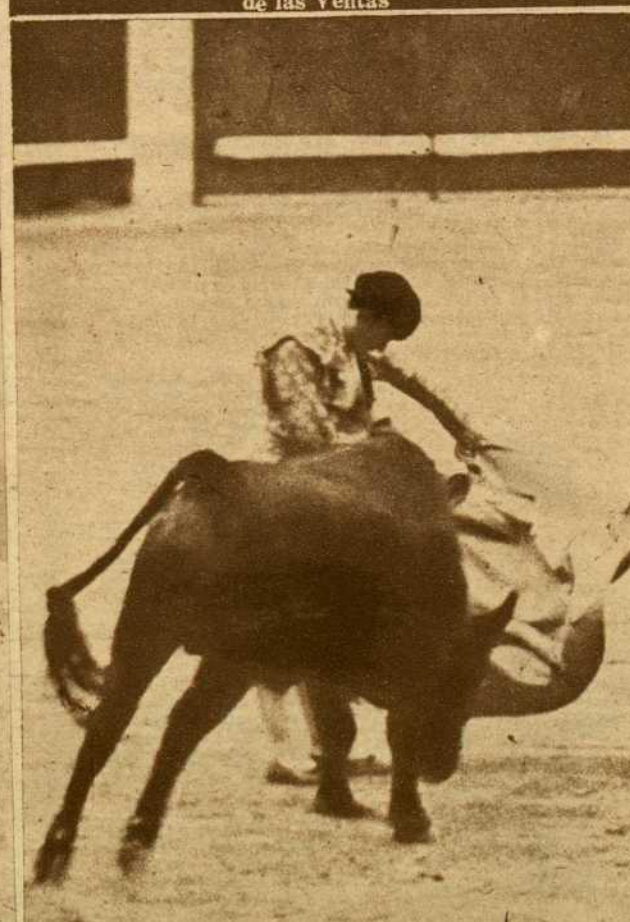
El momento de una de las cogidas de Alvarez Pelayo en la lidia del tercer novillo



Emilio Escudero entrando a matar a su primer novillo en la corrida celebrada el domingo en la Plaza de las Ventas



Pepín Martín Vázquez pasando por naturales a su segundo novillo, del que cortó las orejas, después de una faena, la mayor parte sobre la izquierda



Pepín Martín Vázquez rematando con media verónica el quite al tercer novillo.—(Fotos Baldomero.)

# Fotogramas del domingo en Madrid



Pepín parece presentar su lucida actuación



Alvarez Pelayo, con su apoderado



Escudero no puede disimular un gesto de preocupación



Emilio Escudero, con un peón de su cuadrilla



Pelayo dialoga con un admirador



Martín Vázquez y el consabido autógrafa

Después de la corrida

## Hablan los toreros



Pepín y Emilio posan juntos para Manzano

### ESCUADERO

EMPRENDEMOS la ascensión al último piso de una casa modesta. Una vecinita nos introduce en la habitación en la que su hijo se halla descansando. Mientras el mozo y su ayudante van con toda meticulosidad enfundando la ropa de fiesta.

Emilio fuma, nerviosamente un cigarrillo, sin poder ocultar su profundo disgusto.

—La corrida — dice — se me fue ya desde el primer novillo, de genio, así que constantemente tenía encima. Al correr hacia atrás, tuve la mala fortuna de tropezar en un hoyo producido por la pezuña de un caballo, y de la consiguiente voltereta, salió un

ta a su padre, muy a la ligera, de su satisfacción por el éxito alcanzado.

Por todo comentario, oímos que el pequeño Martín Vázquez decía al autor de sus días que lo que acababa de realizar era necesario para demostrar al público de Madrid los adelantos alcanzados desde que inició su carrera artística a principios de temporada.

El primer toro llegó muy agotado a la muerte, y al no hacer nada por el matador, éste tuvo que arrear varias veces a herir.

En cambio, con su segundo se limitó a aprovechar sus nobles y bravas arrancadas, degradando la actuación al respetable.

En vano quiso el apoderado que Pepín pusiera más entusiasmo en desollar su triunfo. Todo fue inútil. El torero acabó su charla familiar, y con sus botecitos, tan a lo vivo, nos pintó sus deseos de estar solo, que, plan piano, todos nos fuimos a la calle.

### ALVAREZ PELAYO

José Luis, imposibilitado para andar por el percance sufrido, fue secado del taxi en brazos de familiares y amigos. Se quejaba de fuertes dolores en el brazo y clavícula izquierda, así como en el muslo derecho, con la agravante de haberse reproducido las lesiones que hace muy pocos días le produjeron un novillo en la Plaza de Calasparra.

Al despedirnos de la casaquilla pudimos apreciar las huellas del hachazo que le tiró el primero de los asados, siendo milagroso que no llegara a colar el pitón.

No era nuestro propósito molestiar al lesionado; pero éste, al vernos, nos encargó expresáramos desde aquí sus deseos de que en la próxima vez pueda satisfacer plenamente la deuda de gratitud contraída con este público de Madrid que tan bien le trató en su primera salida.



Alvarez Pelayo atisba a los del tendido (Fotos Manzano.)

tanto como oculto. También me perjudicó el que fuera castigada en varias poco y defectuosamente: de aquí que llegara a tirar a la muleta sin perder un ápice del genio que evidenció en el primer capotazo.

Creí poder enmendar la plana en el segundo; pero éste, al resultar un toro con clara tendencia a la huida y prodigarme los gahafones, me obligó a cortar la fama.

Cuando las cosas salen mal, es muy difícil castigarlas a su maléfico. Con otra clase de enemigo que no hubiera sido el morlaco que salió en sexto lugar, es muy posible habría conseguido el desquite. Con un toro, animado de malas intenciones, no tenía más opción que el arremate de delante lo más pronto posible.

Si una vez recobrada la fortaleza y la moral me concedieran ocasión para desquitarme, no creo defraudar a la afición madrileña, a la que tan obligado estoy.

### MARTIN VAZQUEZ

La invitación de amigos, de admiradores y de los caza-autógrafos había ya remitido cuando arribamos a la habitación del hotel en el que siempre se hospedan los hijos del señor Martín Vázquez. Tan sólo quedaban dos o tres de los más recalcitrantes y el apoderado.

Este chiquillo, que en el primer ruedo del mundo acababa de demostrar el sereno valor de los hombres curtidos en lid's taurinas, era en su habitación el chico anhelante de que lo deja un trinquillo para reanudar la lectura de una novela policíaca.

Una llamada telefónica desde Sevilla acalló las conversaciones. Y Pepín, sencilla y llanamente, dió cues-

# BANDERILLAS de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



Hay vendedores que sufren pronunciando la «a», y, para no vocear «Pocara ma», dicen: «¡El oficial, el oficial de esta tarde!»

Se abre una puerta y sale el camión del riego. Se abre otra y sale el hombre-anuncio embotellado. Por un momento parecen dos extraños monstruos que se van a acometer.

Antes de empezar la corrida, y a causa de la tierra regada, cómo huele el ruedo y el callejón a tarde de lluvia y a taller de alfarero!

«¿Dónde está el toril?», pregunta el espectador novato. Y, al comprobar que está bajo sus pies, piensa que le han dado una mala localidad y que se perderá ese momento emocionante en que se abre el negro bostezo donde, al salir, apenas se distingue al negro toro.

El primer choto de la tarde es tan pequeño y Escudero es tan grandote, que toda creemos que va a pisar al bicho, como si fuera una cucaracha.

«¡Ponte tieso!», le gritan al desgarbado Escudero, siempre tan doblado y encojido.

Salen los cabestros, que llenan la Plaza con un olor a vaquería y a establo. ¡Qué cuernos tan grandes... y tan mal empleados!

Pelayo va a torear con la muleta a dos marcos y es como un dependiente de comercio apoyado en un mostrador. Pero, ¡allá van por el aire el mostrador y el dependiente!

Es muy difícil separar y disociar el sonido del clarín del espectador que, de pie en el tendido, toca más que bebe la botella de cerveza en ese momento.

De pronto, el estoque de descabello se queda clavado en la cabeza del toro, como el alfiler en el acerico y el palillo en el palillero.

El picador se queda desca-balgado, no de pie, sino montado en la arena, como un jinete de la caja de soldados de plomo.

Pepín Martín Vázquez da una carrerita y frena después con los pies juntos. El niño tiene gracia torera.





# El Ruedo



ANTONIO CASERO

## Reaparición de PEPE LUIS en La Coruña



Pepe Luis

(Primero.—Pepe Luis Vázquez da tres verónicas. Luis Miguel es aplaudido en un quite de rodillas. Dos varas y tres pares. Pepe Luis empieza con muletazos por bajo, y consigue tres naturales ligados, de excelente calidad. Sigue con mucha valentía y voluntad, a pesar de las pésimas condiciones del toro. Pincha dos veces, deja media desprendida y descabella al tercer golpe. (Palmas y pitos.)

## Una oreja para LUIS MIGUEL DOMINGUÍN



L. M. Dominguín

Segundo.—Sale suelto de las varas. El Andaluz trastea voluntarioso. Mata de una algo atravesada, que basta. (Palmas a la voluntad.)  
Tercero.—Es retirado por manso.  
Tercero bis.—Pepe Dominguín se hace con la capa y en tres pares colosales. (Ovaciones.) Comienza con tres pases sentados en el estribo. Sigue en redondo. Abre via con adornos y tocadura de pitones. Deja un pinchazo, media desprendida, que mata. (Palmas.)  
Cuarto.—Luis Miguel recibe con una larga afarolada de rodillas. Da cinco verónicas muy apretadas. (Ovaciones.) Tres varas y dos pares y medio. Cita rodilla en tierra saltando trompicado al segundo pase. Sigue de pie, sin perder la cara. Deja media estocada; da más pases y coloca una hasta el puño, que basta. (Ovación, oreja y vuelta.)  
Quinto.—Seis varas y tres pares. Pepe Luis comienza con dos estatueros y sigue con otros por alto. Un pinchazo y media desprendida, y descabella al tercer intento. (Pitos.)  
Sexto.—El Andaluz da cuatro verónicas. Tres varas y dos pares y medio. El espada no puede hacer nada sino intentar despacharlo de cualquier forma. Pincha sin soltar y deja una entera que basta. (Palmas y pitos.)

Séptimo.—Tres varas. Pepe Dominguín cogió los palos y pone tres buenos pares que se aplauden. Consigue algunos pases por alto. Un pinchazo sin soltar, media desprendida, una entera algo tendida; intenta cinco veces el descabello; vuelve a entrar a matar y deja media que acaba con el toro. (Bronca.)  
Octavo.—El bicho entra con dificultad y recibe cinco varas. Dos pares y medio. Luis Miguel no puede lucirse, pese a la mucha voluntad. Un pinchazo, media y descabella. (Palmas.)  
Peso de los toros: 236, 235, 246, 240, 265, 245, 250 y 273 kilos, respectivamente.

## ORTEGA y MANOLETE triunfan en Santander



Ortega



Manolete

SANTANDER 6 (Mencheta).—Primera corrida de feria. Toros de don A. Pérez Tabernero para Ortega, Manolete y Ángel Luis Bienvenida.  
Primero.—Ortega se limita a ponerte en suerte. Dos varas y dos pares de banderillas. Ortega empieza con tres pases de (bando). Luego, en el centro del ruedo, torea quieto y suave, intercalando redillazos, faroles y otros adornos. Un pinchazo hondo; sigue con varios pases y mata de media superior.  
Segundo.—Manolete da varios lances, y en el toro se le cuele el toro. Remata de media superior. (Palmas.) Aguanta el toro las varas de reglamo, y los tres matadores se lucen en quites. Tres pares de banderillas, y Manolete inicia la faena haciendo la estatua en tres pases ayudados. (Ovación.)  
Sigue con la derecha, con pases

en redondo y por alto; uno, mirando al toro. Deja frescar a su enemigo, y luego vuelve a torar por molinetes y manoleteas. Media contraria, y descabella a pulso. (Ovación, oreja, vuelta y salida al toro.) El toro es aplaudido en el arastre.)  
Manolete pasa a la enfermería, curándose de un pinchazo en el metacarpo falángico de la cara dorsal de la mano derecha, sin importancia. Esta piquita le lesionó la prófugo con una banderilla al dar un pase.  
Tercero.—Bienvenida da unas verónicas que se aplauden. Tres varas, luciendo al matador en quites. Los banderilleros cumplen. Ángel Luis torea por la derecha con pases en redondo, por bajo, y después, por alto. Sigue la faena con pases muy voluntariosos. Hacia estocada, algo caída; el toro dobla, y lo remata el puntillero. (Palmas.)  
Cuarto.—Ortega se hace aplaudir en un quite de frente por detrás. Manolete, en su turno, es aplaudido.  
Los de turno colocan dos pares y medio de banderillas.  
Ortega tora suave en el centro de la Plaza, dando pases de todas las marcas y con adornos. Un pinchazo, quedándose el bicho; otro, media superior. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)  
Quinto.—Tres varas y dos pares y medio de banderillas. El cordobés brinda al público y hace una faena por ayudados por alto, sin moverse. Luego sigue con dos pases en redondo, manoleteas y otros adornos al son de la música.  
Deja descansar al toro, y remata la faena con pases ayudados y por alto. Aprovecha la primera igualdad, y deja media caída. (Ovación, petición de oreja y saludos.)  
Sexto.—Anotamos tres varas y dos pares de banderillas. Bienvenida hace una faena de gran eficacia. Sobresalen varios pases en redondo y otros ayudados. Entrando bien, un pinchazo, que escupe el toro; media delantera, dos intentos y el descabello.  
El peso de los toros fué el siguiente: 223, 250, 226, 221, 227 y 239 kilos, respectivamente.

## CORTES mejora de su herida

BARCELONA 6 (Mencheta).—El doctor Olivé Gumá ha manifestado que el novillero Meno Cortés se hallaba en estado satisfactorio, presentando la herida buen aspecto.

## PEPE BIENVENIDA corta una oreja en Puerto de Santa María

PUERTO DE SANTA MARIA 6 (Mencheta).—Retes de García Pedraza para Pepe Bienvenida, Morcillo de Talavera y Miguel del Pino.  
Primero.—Bienvenida verónica lucido. (Ovación.) Cuatro varas. Bienvenida trastea valentísimo, dándole varios de picho y el de la firma. Media estocada. (Ovación, petición de oreja y vuelta.)  
Segundo.—Morcillo hace valiente. Cuatro varas. Bienvenida es ovacionado en un quite. Dos pares y medio. Morcillo hace una faena inteligente para media estocada buena, y descabella al segundo intento.  
Tercero.—Del Pino da cuatro verónicas, que se jalean. Cuatro varas, y Del Pino se luce en quites. Bienvenida lance a parafísimo. Del Pino comienza con un ayudado por alto sobrio, siendo volteado y lesionado; pero sigue de ros y valiente. Finiquita de una entera caída. (Palmas.)  
Cuarto.—Bienvenida lo fija. (Ovación.) Toma las varas reglamentarias. El maestro coloca tres pares de banderillas superiores. Batida al público, y realiza una faena entre oles y derrochando valor e inteligencia. Mata de media buena. (Ovación, oreja y vuelta.)  
Quinto.—Varios puyazos feos. Dos pares y medio de banderillas. Morcillo muletea deslucido. Media trastera, media atravesada y descabella. (Pitos.)  
Sexto.—Del Pino verónica su-

perior. Cuatro varas. Dos pares y medio. El Andaluz trastea de cerca, entre oles. Mata de dos pinchazos buenos y una estocada. (Ovación.)  
Peso de las reses en esta: 238, 231, 248, 239, 266 y 242 kilos, respectivamente.

## PESIMA CORRIDA EN VITORIA El ganado resultó pequeño y blando

VITORIA 6 (Mencheta).—Tercera y última de feria. Seis toros de Domínguez para El Estudiante, Belmonte y Antonio Bienvenida. Un novillo de Marañón para el rejoneador Domínguez.  
Domínguez realiza algunas filigranas con la capa, siendo aplaudido. A fuerza de arrimarse y exponer, logra Domínguez tres buenos rejones y dos pares de banderillas. Cor el rejón de muerte el bicho cae como una bola. (Grandes ovaciones y caída al ruedo.)  
Lidia ordinaria.  
Primero.—El Estudiante lo recoge con verónicas. En su quite intenta lances de frente por detrás, pero bicho que desistir. La faena es sin lucimiento y movida. De pacha de media estocada. (División de opinión.)  
Segundo.—Ni un solo quite. Belmonte, apático y con deseos de abreviar, da algunos pases, y entra a matar, haciéndolo por tres veces, para lograr un pinchazo. Descabella al la primera. (Pitos.)  
Tercero.—Antonio Bienvenida da una serie de verónicas que remata con una revolver. (Palmas.) Faena a base de pases por alto, intentando el cabrío, sin conseguirlo. Lleva al toro al centro; pero como está muy quedado no puede lucirse. Mata de tres pinchazos y el descabello.  
Cuarto.—El Estudiante liga unas verónicas, pero sin entusiasmar. Inicia la faena con dos pases de rodilla; pero como el toro no reúne condiciones, no hay posibilidad de lucimiento. Entrando bien deja media estocada, que basta.  
Quinto.—Dado su escaso poder hay que cambiar el toro a la primera vara, y a pesar de ello, el animal cae por tres veces, triginando una pita enorme. Belmonte aprovecha la primera oportunidad para deshacerse del bicho.  
Sexto.—Muy pequeño, como todos los anteriores; el público arrecha en sus protestas, y el presidente ordena que vuelva al corral.  
Sexto (bis).—Sale un bicho de Marañón, que por resultar manso y rddo es devuelto a los corrales en medio de una pita imponente.  
Sale otro toro de ganadería desconocida, que resulta huido. En el ruedo hay un gran desconcierto, y la lidia se desarrolla en medio de la protesta general. Bienvenida hace una faena de alfil, y mata de media estocada.  
El peso de los bichos fué el siguiente: Novillo de rejón, 235 kilos. Toros de lidia ordinaria: 239, 229, 247, 232, 223 y 257 kilos, respectivamente.

## JULIAN MARIN y CABRE, en Estella



Cabré

ESTELLA 6 (Mencheta).—Cuatro toros de Amador Santo para Julián Marin y Mario Cabré.  
Primero.—Marin es aplaudido en verónicas. Varios pinchazos, un refilonzazo y una entera.  
Tercero.—Nada en capa. Dos varas. Cabré se luce en un quite. Julián Marin trastea a por bajo. Pases de alfil, tres pinchazos y un giletazo. (Pitos al toro.)  
Cuarto.—Cabré verónica. Dos puyazos y dos pares y medio. Faena de pases de picho y molinete. Un pinchazo y media contraria, que basta. (Palmas.)  
Por falta de báscula no se facilitó el peso de las reses.

perior. Cuatro varas. Dos pares y medio. El Andaluz trastea de cerca, entre oles. Mata de dos pinchazos buenos y una estocada. (Ovación.)  
Peso de las reses en esta: 238, 231, 248, 239, 266 y 242 kilos, respectivamente.

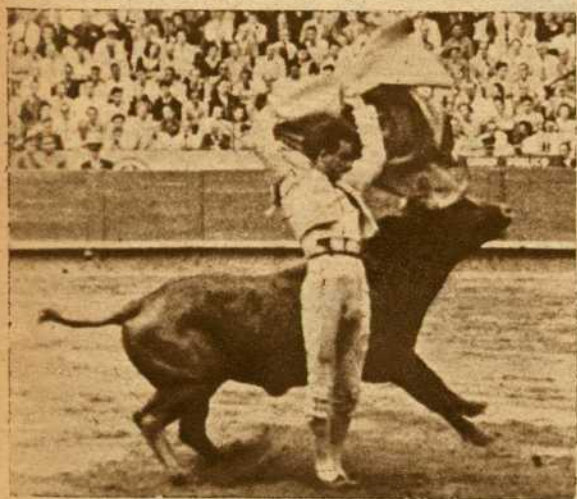
## Novillada en Cartagena

CARTAGENA 6 (Mencheta).—Novillos de don Miguel Ceballos, para Andrés del Campo y Niño de Caravaca.  
Primero.—Tres pares de banderillas. Andrés del Campo, con la muleta, consigue buenos pases a fuerza de valor. Estocada. (Ovación, vuelta y salida.)  
Segundo.—Tres pares y medio de banderillas. Inicia la faena Niño de Caravaca con dos pases de rodillas; luego, en pie, da pases de varias marcas. Un pinchazo, otro, estocada algo caída y descabella. (Palmas.)  
Tercero.—Tres pares de banderillas. La faena es valiente y de dominio. Mata de una estocada baja y el descabello. (Ovación.)  
Cuarto.—Par y medio de banderillas. Faena valiente. Estocada caída y descabello. (Palmas.)  
Los novillos pesaron, por orden de salida, 152, 141, 150 y 164 kilos, respectivamente.

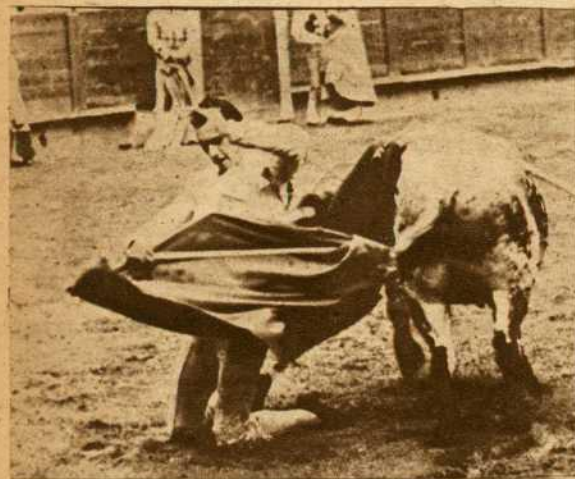
## PEPE BIENVENIDA y ARRUZA, mano a mano en Barcelona

BARCELONA 7 (Mencheta).—Para el martes se anuncia en la Metamorfosis un mano a mano entre Pepe Bienvenida y el mejicano Arruza, con seis toros de Te ro-

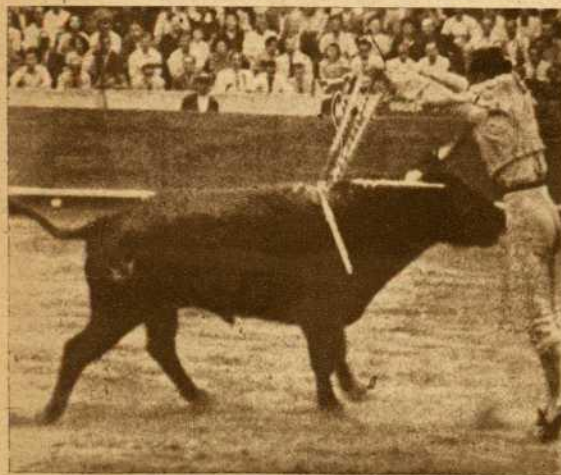
# CARTEL DE BARCELONA



Arruza haciendo un quite por faroles a su primero



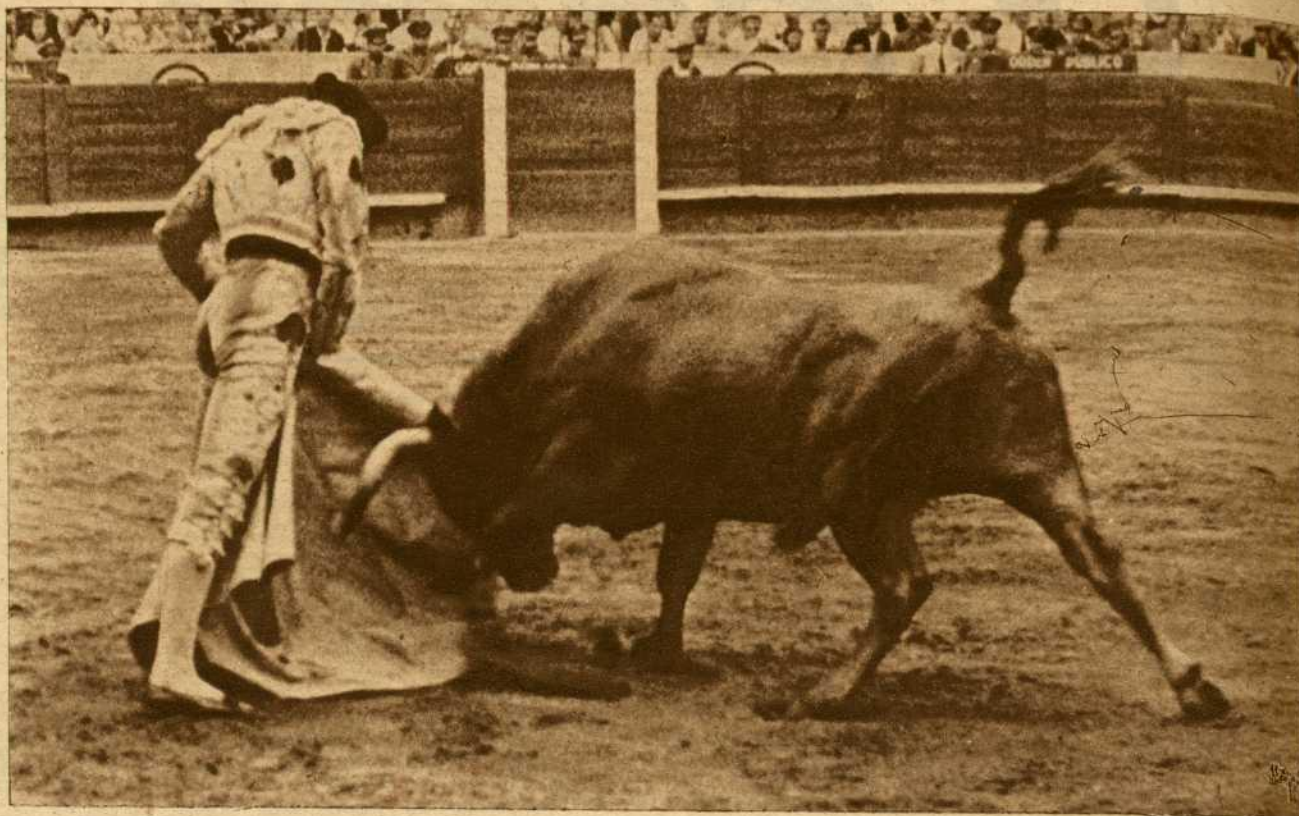
Arruza en un molinete de rodillas a su segundo



En par de banderillas del mejicano a su primero



Arruza, en la faena de muleta a su primer toro, toros con la derecha por bajo



Manolo Escudero toreando a la verónica en el quite que hizo al segundo de la tarde, en la corrida celebrada en Barcelona

## R E S E Ñ A

BARCELONA 6 (De nuestro corresponsal Subirán).—Tarde nublada, presagiando lluvia; la Monumental se llenó por completo, al conjuro del nombre de Arruza, y durante el paseíllo comienza a chispear.

Primero. Prisionero, negro, todo un toro, bien criado. Tres varas sin alegría, galléndose suelto; un quite fino de Arruza y otro de Escudero, por chicuelinas, que desata la primera ovación.

Coge los palos Arruza y clava tres pares en todo lo alto, consintiendo mucho, pues el bicho es un marmolillo.

Luego, con la muleta, el mejicano se dobla magistralmente en unos rodillazos; sigue de cerca y con adornos, pero se queda sin toro, tan quedado, que lo tiene que despachar con dos pinchazos sin soltar, otro hondo y, al fin, lo caza con una entera. (Muchas palmas.)

Segundo. Guión, castaño, otro magnífico ejemplar. Dos varas en el cuello y otros tantos quites de Valencia, de frente por detrás, y Escudero, por verónicas. Dos puyazos más y quite enorme de Arruza, por faroles. El tercio ha sido vistoso y animado.

Con tres pares pasa a manos de Pepe Roger, que lo brinda a unos amigos. Un pase por alto, expuesto, pues se le queda el toro; intenta, voluntarioso, el natural inútilmente, pues no le pasa. Tira a liquidar y, en la primera igualada, una entera que basta. (Palmas.)

Tercero. Pocalacha, negro, también de buena talla, gordo y con mucha leña en la cabeza. Cinco varas con poder y sosería. Quita el Escudero por chicuelinas, y otro, magnífico, de Arruza. (Ovaciones.)

Escudero se encuentra con un toro muy bronco, y en tre achuchones y un fuerte chubasco, que despeja los tendidos, lo alfia para media bien puesta y descabello. (Palmas.)

Durante el arrastre llueve copiosamente. Cuarto. Ferretero, berrendo en cárdano, gordo, bien armado, muy bonito de tipo. Dos marronazos y tres varas, recargando, en las que barrenan a placer. Nada en quites.

Parean con facilidad los gubalternos, y Arruza nos da una grata sorpresa, pues intenta la faena y la logra, primero haciendo doblar al berrendo con unos rodillazos muy toreros; después, toreando magistralmente al natural con ambas manos. A fuerza de consentirlo y asegurarlo, unos muletazos por alto, de los que sale derribado. Frente a chiqueros aprovecha la igualada y suelta un estoconazo hasta el puño, descabella al tercer empujón y hay ovación, oreja y vuelta al ruedo.

Como parte del público protesta de la concesión del a péndico, Arruza lo tira a la barrera. Quinto. Gaditano, negro, más chico y más escurrido, muy fino de defensas. Cumpie en tres varas remolonas, volviendo la cara, y sólo anotamos un quite de Arruza con la "mariposa", que se ovaciona calurosamente.

Tres pares rápidos y buenos de Corpas y Amorós, y el morito, descompuesto y tal, pasa a manos de Valencia, quien pronto se convence de que nada se puede hacer con él.

Lo alfia con prontitud y lo descorda con un pinchazo sin soltar. Silencio.

Sexto. Gallego, negro, tan escurridillo como el anterior, aún con peor estilo que sus hermanitos. Un marronazo y tres varas, barrenando fuerte. Tan a menos ha ido la corrida, que los matadores intentan el quite y el público desfilia ya.

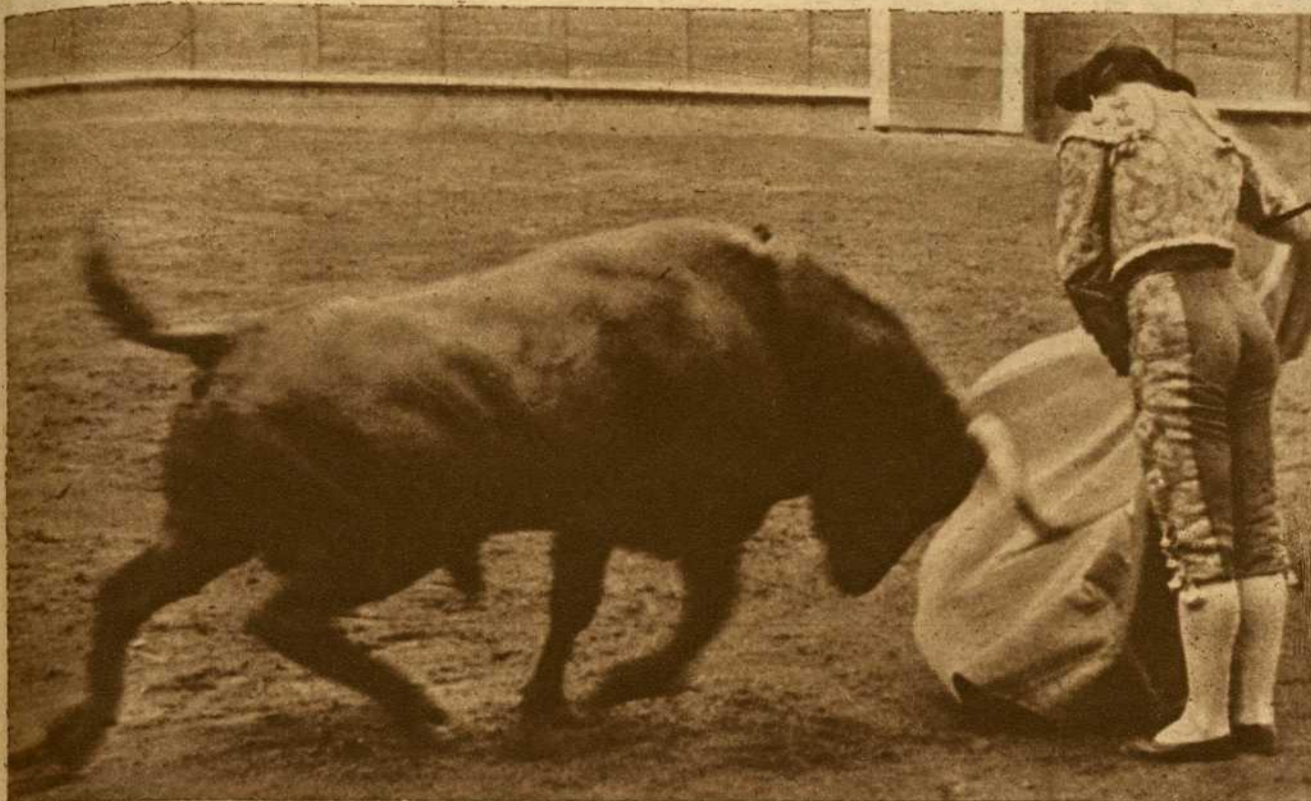
Pese a ello, Escudero quiere hacer algo a la hora de matar, intentando equivocadamente el natural con la surda. Cuando se convence, lo machetea, valiente, para lograr la igualada y despacharlo pronto, lo cual logra con una entera a toro arrancado, y descabello. Y se acabó el tocón.

El peso de los toros en canal lidiados en la corrida de hoy fué: 243, 237, 242, 255, 252 y 249.



Manolo Escudero sujetando al toro antes de veroniquarlo

# Seis toros de los Herederos de Domecq para ARRUZA, VALENCIA III y ESCUDERO



Valencia III en el quite que realizó en el segundo de la tarde en la corrida celebrada el domingo en Barcelona



El torero de Fuencarral lanceando al mismo toro



Un pase por alto con la derecha de Carlos Arruza (Fots. Valls)

## JUICIO CRITICO

**U**NA mala tarde completa: por el tiempo, el ganado y los diestros, imposibilitados de todo lucimiento.

Dos horas antes del festejo cambió rotundamente el tiempo, y con calor bochornoso, que prometía tormenta, agotado el billeteaje desde el mediodía, nadie pudo hacer deserción, y se llenó la Monumental.

En este ambiente tan poco propicio, uno tras otro salieron por los toriles seis Veraguas de buena estampa, pero con escasa bravura, que terminaron aplomándose hasta degenerar en broncos, sin aprovechamiento posible con la muleta y muy escaso para los capotes. Aquí fué donde naufragó el coraje de un Valencia III y el estilismo de Manolo Escudero. Ninguno de los dos madrileños son toreros "largos", con recursos para aprovechar lo infimamente aprovechable, pues necesitan que el factor toro contribuya con las tres cuartas partes de sus éxitos.

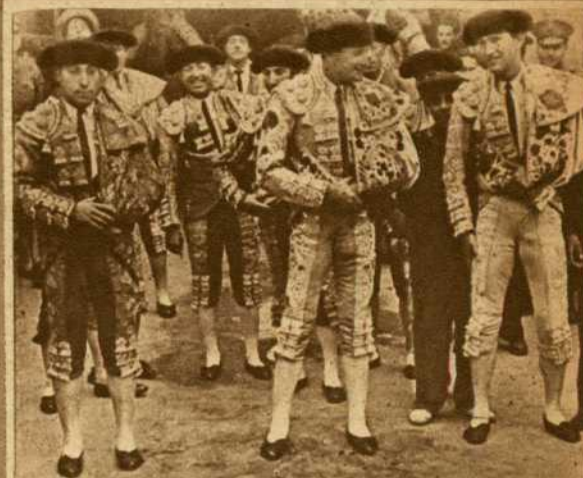
Pepe Roger cargó con el peor lote de marmolillos, y sin toros que le empujaran poco ni mucho, hizo bien en no prodigar la valentía, que le hubiera llevado indefectiblemente al "hule".

Con algo parecido apechugó Manolo Escudero, que aun pudo sacar tal cual muletazo y quites aislados, revelados de su fina clase. Con todo, lo mejor del torero de Embajadores fué... su traje de torear.

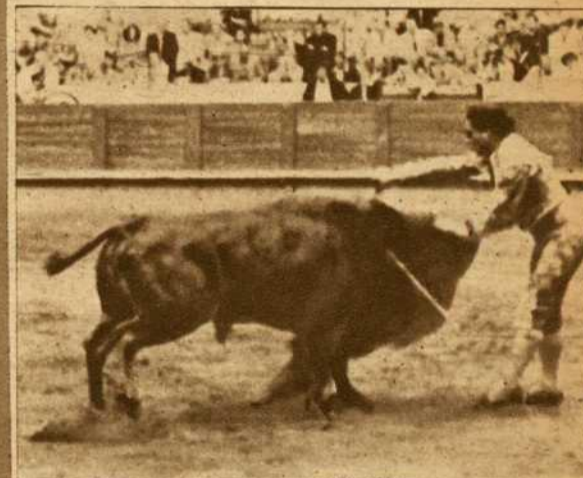
Arruza volvió a triunfar, aun sin poner los pies en la arena, por que llenar nuestro más amplio coso sin tener por compañero a ninguna figura máxima del momento, es señal de reconocimiento de mérito y consagración definitiva.

El mejicano quedó muy bien en su primero, especialmente con las banderillas: tres pares en todo lo alto y consintiendo horrores; se le puso difícil en la muleta y lo tumbó con muchísimo decoro. Y en su segundo hizo una meritisima faena con el trazo rojo, sin toro, poniéndolo él todo y ganando por mayoría una oreja, que declinó en honor de la minoría. Se le discute ya, se le combate en los tendidos, está en todas las conversaciones... ¡Que nadie puede negar que ya es una figura! Hoy fué el único torero "sabio" que hubo en el ruedo y el que salió con su cartel intangible.

Pero, en general, la corrida defraudó y no resultó a medida de la expectación que había creado.



Las cuadrillas, con los matadores al frente, al iniciar el paseillo



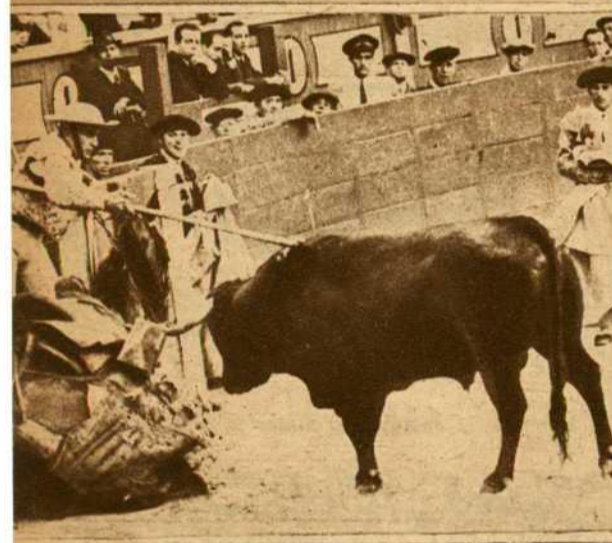
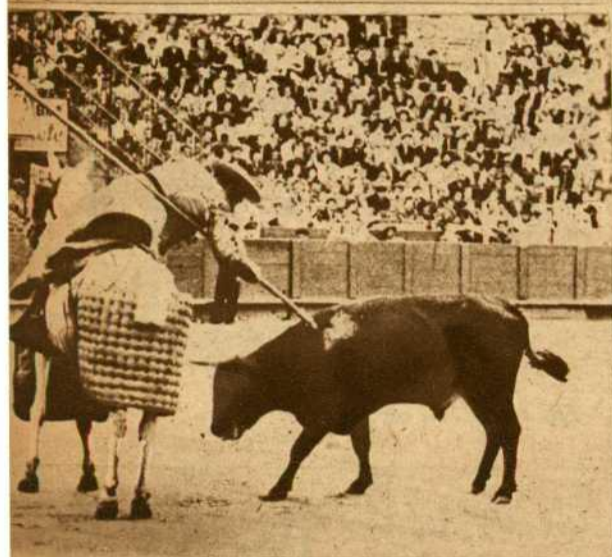
Valencia II entrando a matar a su segundo toro



Arruza en la faena de muleta al segundo de su lote



Valencia III recogiendo de muleta a su segundo toro al comenzar la faena



# LA SUERTE de VARAS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



## II

**R**EMATAMOS la crónica anterior con aquello de «amadores de toros» y «storeadores», y achacábamos la última palabreja a la feminidad francesa, que se queda con el oro y la seda, tolera el sol y abomina de la sangre, inevitable en la fiesta un poco bárbara, aunque no se justifique el soponcio ni las reprimendas históricas.

Convenimos en que el espectáculo del caballo entregado al toro para que se ahorme y quebrante corneándole hasta el ensañamiento natural de la ferocidad, tenía en su brutal grandeza algo más que ribetes de indiscutible repugnancia. Y aunque la suerte era perfecta, porque se conseguía en ella todo lo que requerían los tercios sucesivos, había que agachar la cabeza ante los detractores que no necesitaban de ergotismos en su argumentación monda y lironda contra las corridas de toros, reprobando campanudamente lo que todos lamentábamos en silencio y sin atinar con el medio de evitarlo.

Se le dieron más líneas a la puya y se distanció de ella el limoncillo para que el toro, sintiendo más el castigo, no acometiera al caballo tan sanudamente ni se durmiera en el embroque recargando. Nada evitaba la medida, ya que el pobre jaco, inútil para cualquier otro servicio, era un marmolillo de pellejo y huesos, sin acción ni presteza para ayudar y valerse de sus propias reacciones. Y surgió el peto.

¿Se consigue con su uso lo pretendido?

Creemos que rotundamente; aunque tal rotundidad se le deba en mucha parte al propio toro, que tal cual sale hoy de los toriles—con poca edad y menos peso—topa y cornea sin malicia y con poder escaso. Ya no repele la triste y cruelísima visión del desmedrado caballo pisándose las vísceras, enloquecido de dolor y miedo o sumiso y tembloroso en reata del monosabio, camino del corcusido y el lampreazo de agua fría para aprovecharlo hasta el último estertor. Es más; ni siquiera se deplora, sino rarísima vez, la costalada aparatosa, y no por gracia del peto, sino por la endeblez del torete.

De concesión en concesión se aceptan hoy el caballo perfectamente acolchado y el utrero, con la hierba corrida. No hay cabeza que ahormar, porque a los cuatro capotazos—siempre a dos manos!—la tira a tierra. No hay poder que quebrantar, porque a las pocas carreras y recortes los ijares del novillo son fueles de herrería, y la lengua en colgajo reseco y los ojos desorbitados acusan más que el cansancio el agotamiento de la res que para lucir en sebo el grano que pastó en el cerrado, casi se lo sirvieron en régimen de cebadero como a cochino a salida de montanera. Así, si salta al ruedo flaco, no tiene poder alguno; y si gordo, se ahoga en su propia carnaza, apelonada en la quietud, servida la pesebrera y la pila debajo del morro.

Entonces... ¿por qué ni para qué la furia del actual varilarguero? ¿Qué se pretende cercenar de los pocos recursos del torete, con eso que si es poco menos que rejón, es mucho más que puya y tiene tanto de barrena?

De verdad que no atinamos con el motivo

sino dejando muy mal parada la dignidad profesional del torero.

El primer tercio de la lidia, tal cual ahora lo contemplamos, no es suerte, ni mucho menos, de varas. Un jayán doble y macizo, enguatado y acorazado, jinete en un colchón con patas, rodeado de doce o catorce garantías a dos manos, frente a un novillote, por lo general bravo y noble, con el poder dosificado en la dehesa por mor de la buena inteligencia entre los componentes de la fiesta; y el jayán embrazando y aferrando con su manaza guarnecida con dediles de estezado, un arma terrible y complicada en su aparente sencillez, consciente y pagado de su misión aniquiladora.

Hemos dicho—no por colorismo literario—arma terrible y complicada. Copiemos su descripción del Reglamento Oficial del 12 de julio de 1930: «Las puyas tendrán la forma de pirámide triangular, con aristas o filos rectos; serán de acero cortante y punzante, afiladas en piedra de agua y no atornilladas al casquillo, sino con espigón remachado, y sus dimensiones, apreciadas con el escantillón moderno, serán: 29 milímetros de largo en cada arista por 20 de ancho en la base de cada cara o triángulo.

Las puyas tendrán en su base un tope de madera cubierto de cuerda encolada, de siete milímetros de ancho en la parte correspondiente a cada arista, nueve a contar del centro de la base de cada triángulo y de 79 a 81 milímetros de largo, terminando en una arandela circular de hierro, de siete centímetros de diámetro y tres milímetros de grueso.»

Quizá les pareció a los diestros poco ofensivo el instrumento, cuando consiguieron—Orden Ministerial de 20 de marzo de 1933—que se aumentara a 85 milímetros el tope (!!) encuerdado y se disminuyera en diez milímetros y uno, respectivamente, el diámetro y el grueso de la arandelita.

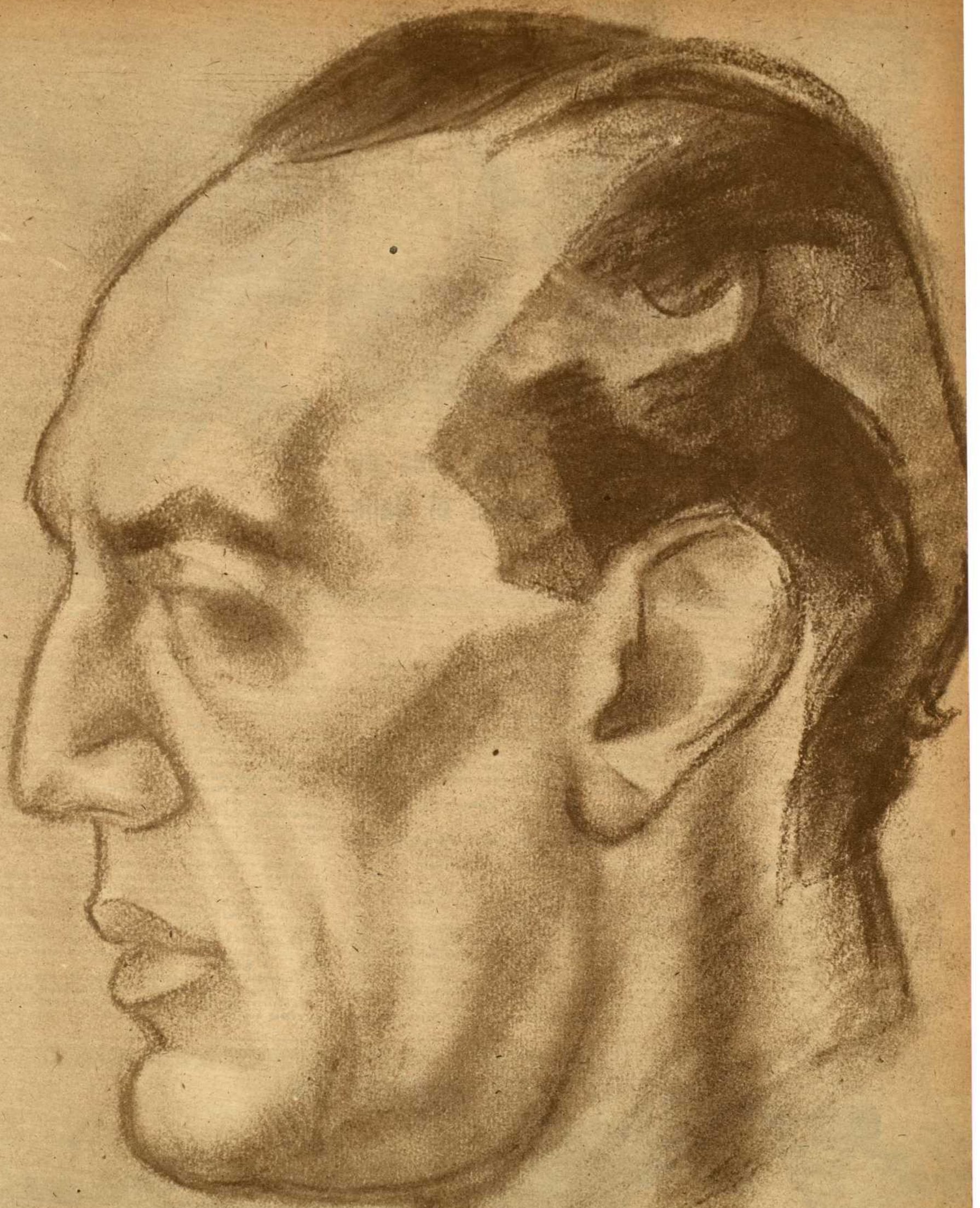
Si la puya fuera cónica, aunque se iniciaran las aristas en su punta, tal vez fuera tope el tope; pero triangular y con las aristas afiladas en piedra de agua, abre el suficiente ojal para que el tope no sea sino puya misma en sus 85 milímetros y se abra en él la arandela. Su poca pestaña no es una garantía; de modo que ni siquiera la arandela es tope definitivo, sino albarda sobre albarda; seguro que permite al picador un minucioso y concienzudo laboreo hornagueando o barrenando a gusto de su ingenio y de su matador.

Si a la arandela, en el año 1930, se la consideró tope definitivo, ¿qué podían importar sus dimensiones?

¿Qué motivó quitarle un centímetro de diámetro y dejar reducido a dos milímetros su grueso?

¡Velay! La arandelita debía morder con filo en la carne ya abierta y trabajada por el tope de cuerda encolada, que luego el jayán, girando el palo sobre su eje, de manera más o menos descarada, la convierte en *paso de rosca*.

Con un poco de tiempo, y la misma complacencia en el público que la que dismula el maestro, sin prisa para el quite, veríamos asomar por el lado opuesto al lanzazo; la puya, el tope de cuerda encolada, la arandelita, el palo y el picador! reclamándose la sangre y la grasa de las res medio viva, con el mismo gesto de feroz complacencia del hombre primitivo cuando en la prehistoria no se conocía aún la virtud del fuego y la gracia de la salsa de tomate.

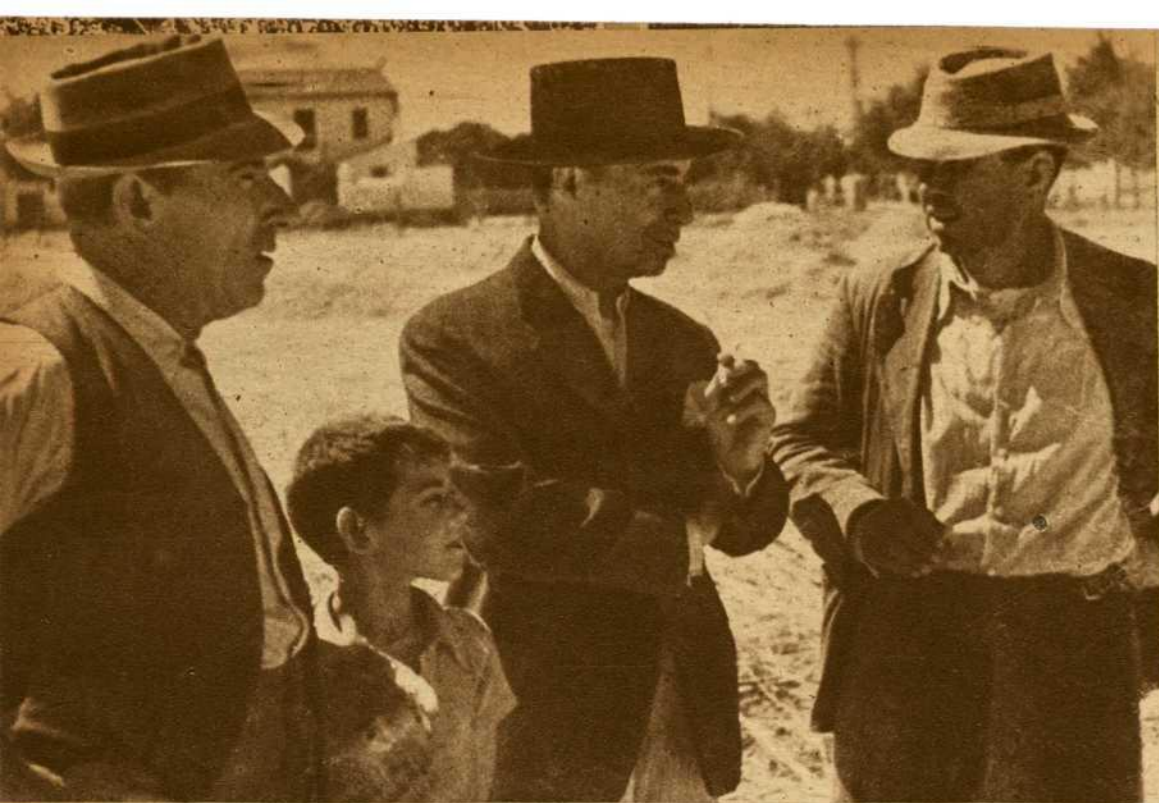


*Vazquez Diaz*  
920

**IGNACIO  
SANCHEZ MEJIAS**

Retrato por VAZQUEZ DIAZ

MANZANARES,  
11 de agosto de 1934



## Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo



IX

**S**i El Gallo no está en Sevilla, es que se encuentra en Pino Montano. Si no está en Pino Montano, es que se encuentra en Sevilla. Y si no dan razón de él en Sevilla ni en Pino Montano, es que se ha ido a torear a alguna tienda o a algún festival. Porque, a sus sesenta y dos años, Rafael conserva intacta, y aun diríamos que aumentada, su afición y profesión de toda la vida. Nació torero, vivió torero y torero será siempre, esté donde esté—en la plaza o fuera de ella, en Sevilla o en Nueva York—, este hombre que ha cruzado el charco veinte veces, que ha recorrido toda Europa y que ha estado años enteros ausente de España, sin que nada de ello haya influido en su modo de ser, en lo que es en su esencia taurina.

—El torero debe ser torero en todo momento y no sólo cuando está delante de los toros.

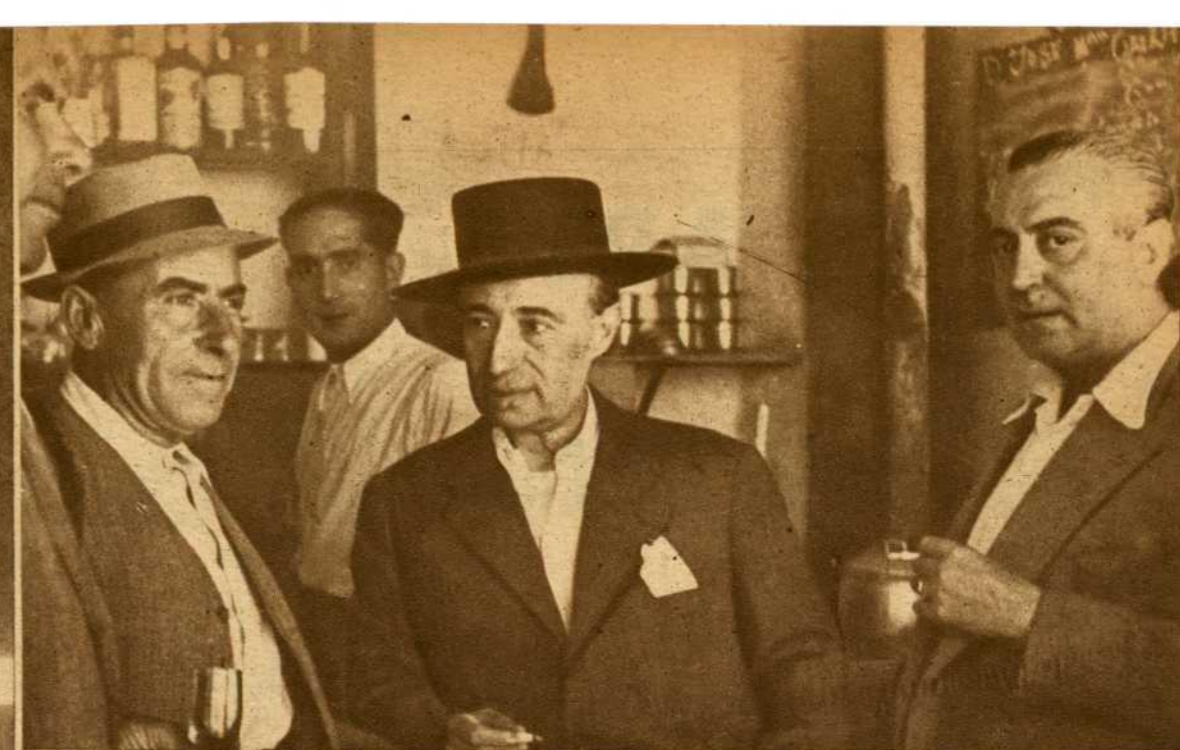
—¿Por qué dice usted eso?

—Por convicción. Al torero que en la calle no se le nota que lo es... ¡mal!

—Es que antes los toreros tenían su modo de vestir y ahora van como todo el mundo.

—¿Pues a pesar de eso! La profesión, cuando se lleva dentro, da hasta un modo de andar, no le quepa a usted duda. Al que es torero de verdad, se le nota cuando está de espaldas.

Después Rafael se extendió en una serie de consideraciones sobre los jóvenes que hoy emprenden la «vertiginosa» senda taurina. Habla de las carreras relámpago, del subir como la espuma que hace la magnesia efervescente. Y habla sobre todo de la profesión sin afición. Efectivamente, hay en la actualidad un tipo de torero que llega a las plazas no llevado de una vocación irrefrenable, sino de una ambición en la que nada tienen que ver las ilusiones individuales. Van, en una palabra, a hacerse ricos, a aprovechar el éxito de una tarde afortunada



## RECUERDO DE JOSELITO Y JUICIO SOBRE MANOLETE



Reportaje gráfico de LUIS ARENAS especial para EL RUEDO

en Madrid, para inmediatamente empezar a administrarse, a elegir ganado y compañeros de cartel.

Se huye de la competencia, que es el imán de atracción de los públicos. De esa competencia que antes buscaban, en gesto de hombría y pundonor, los propios toreros.

—El pobre José, en cuanto salía uno apretando, en seguida pedía que lo pusieran con él. Había estímulo, y si uno lo hacía bien, el otro iba a ver si lo hacía mejor. Se vivía para el torero y para el toro. El artista, durante la temporada, se cuidaba. Como debe ser. Como hacen, por ejemplo, los grandes campeones de boxeo de Norteamérica. Yo, algunas cosas de las de ahora, no las concibo.

—¿Qué cosas son esas?

—Pues yo no concibo que un mocito que tiene que torear mañana, pongamos por caso, salga la víspera de un cinematógrafo con una señorita colgada del brazo. No puede ser. Eso no puede ser. El torero integral ha de prescindir, durante la temporada, de todo lo que no se refiera al cuidado y perfeccionamiento de su profesión y de su arte.

—¿Y usted era así?

—El Gallo mordisquea el habano antes de seguir.

—¡Hombre, se dice el pecado, pero no el nombre del pecador! Además, no se trata de personalizar ahora. Claro que me cuidaba lo que podía. Pero en eso el que era un genio, como en todo, era Joselito. José, en el Corpus de Sevilla, cerraba la puerta de las distracciones y los placeres y ya no la volvía a abrir hasta que terminaba, en las fiestas del Pilar, la temporada. Entonces, al llegar al hotel, después de despachar la última corrida del año, le decía al mozo: «Guarda todo eso bien y... ¡a Madrid!»

«Todo eso» eran los capotes, los trajes, los estoques... Los trastos y avios de torear. Sólo después de haber liquidado las ochenta o noventa corridas que despachaba por temporada aquel coloso, se permitía pensar que en el mundo había otras cosas además de las plazas.

Y era un hombre que había rendido a sus pies a la fortuna y a la gloria al que, por tanto, rondaban todas las tentaciones.

—José era un escaso. Su voluntad podía más que nada. Se trazaba un camino y de él no se torcía ni tanto así.

Y porque su voluntad podía más que nada, se cuentan de él toda clase de historias. Desde las de la admiradora—artista famosa—que se quedó en un café porque no hacía caso de sus insinuantes cartas —«como que estaba en plena temporada!», hasta aquel festival en el que se dio cita «lo mejor de lo mejor». ¡Como que el que menos era conde! Aquella tarde, terminado el entretenimiento taurino, Joselito se retiró a descansar, con gran disgusto de todos los que querían que se quedase a la segunda parte: una segunda parte con vino andaluz, guitarras, canto, baile y todo eso. Rafael estaba consternado. «Creo que he mos quedado un poco malamente con esos señores. Debíamos habernos quedado un ratito». «No te preocupes, hombre—le dijo José—. Todos esos señores irán mañana a la plaza y se pondrán de pie para aplaudirme y pedir la oreja. En cambio, si nos hubiéramos quedado, mañana no estaría yo, a lo mejor, en condiciones y se hubieran levantado para gritarme. De modo que prefiero que no me agasajen hoy para que me puedan ovacionar mañana.

Y así fue. Joselito obtuvo al día siguiente un triunfo apoteósico.

—Claro que Joselito era Joselito.

—La excepción.

—Se cuajó muy joven, y como murió tan pronto, nunca se supo, ni se podrá saber ya, la cantidad de torero que llevaba dentro. ¿Quién sabe adónde hubiera podido llegar? No tenía medida. No se le veía el fin. Había tardes en que salía frío, sin gracia, de mal humor. Pues a los tres minutos acababa con todos. A los demás toreros, de ayer o de hoy, se los ve más cortos o más largos, pero a José no había modo de verle: estaba a oscuras.

—¿Si viviera hoy!

—Ya ve usted si el torero ha evolucionado, hasta el punto de que se asegura que estamos asistiendo al alumbramiento de una nueva época. Bueno, pues si viviera hoy Joselito, a los tres días habría perfeccionado el torero actual.

—Entonces de estos matadores de ahora...

—La mayor parte son fenómenos como artistas, pero sin cuajo...

—¿Sin cuajo?

—Sí, sin cuajo, sin esa madurez que proporciona la experiencia. Toreros cuajados son, por ejemplo, Domingo Ortega y Pepe Bienvenida.

—¿Y Manolete?

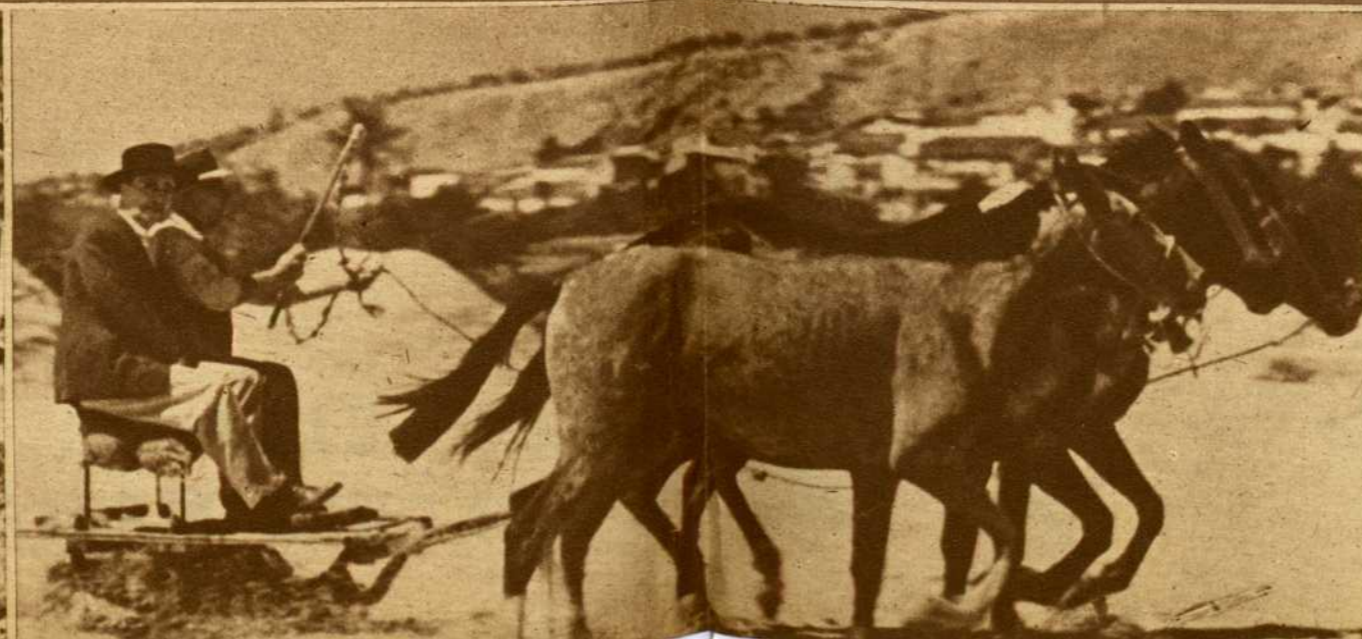
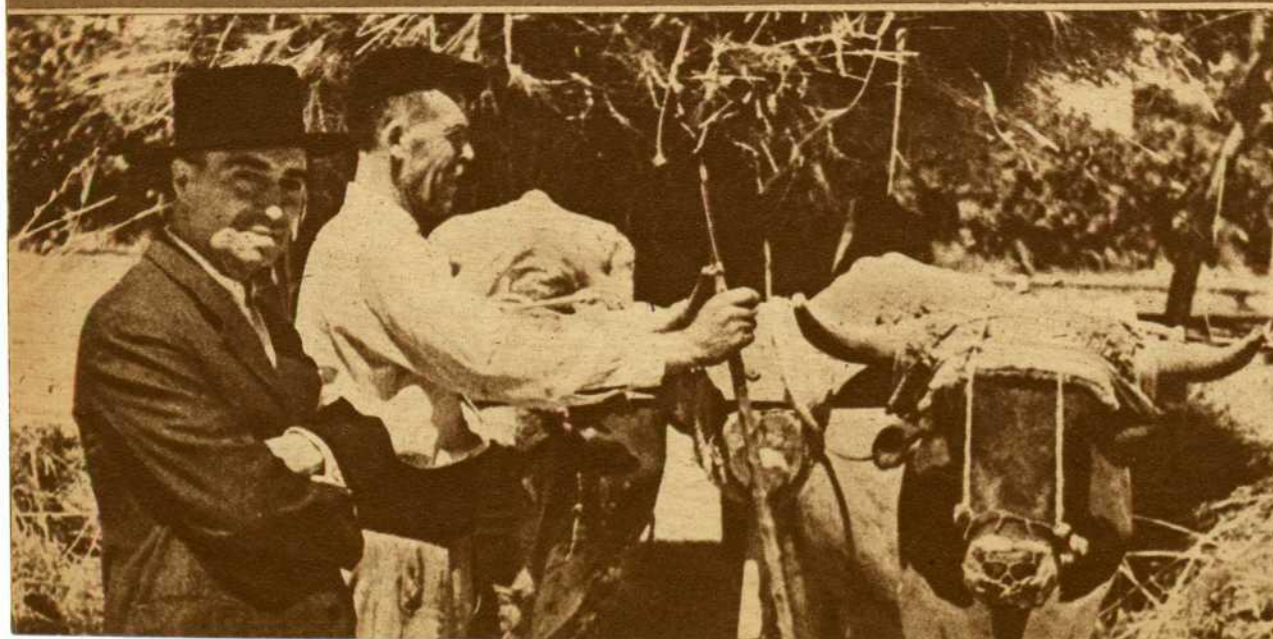
—Manolete sabe mucho, y la gente, con razón, está entusiasmada con él. Ahí hay una figura. Pero con todo lo que sabe ya, que es mucho, sabrá más dentro de cuatro años. Pasa como en cualquier otra profesión. Se sabe menos cuando se empieza a ejercer, aunque se haya hecho la carrera con matriculas de honor. Como en todo, sirve la experiencia, que es la madre de toda ciencia. Al principio se tiene la cabeza más ligera, hay menos edad... Yo no le voy a decir que Manolete ya ha llegado a donde iba, no, porque es un torero que se está cuajando y, por consiguiente, aunque a muchos les parezca imposible, va a más...

En este punto yo me acordé de un comentario que Manolete había hecho después de una de sus tardes de apogeo. Un amigo decía que ya no se podía hacer más con los toros. Y Manolete, oculto el gesto tras el antifaz de las gafas, dijo, con ese acento de modestia o de timidez que pone siempre en sus opiniones:

—Sin embargo, yo creo que aun se pueden hacer más cosas con el toro...

De donde ahora deduzco que, aunque parezca mentira, muy bien puede tener razón Rafael el Gallo.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

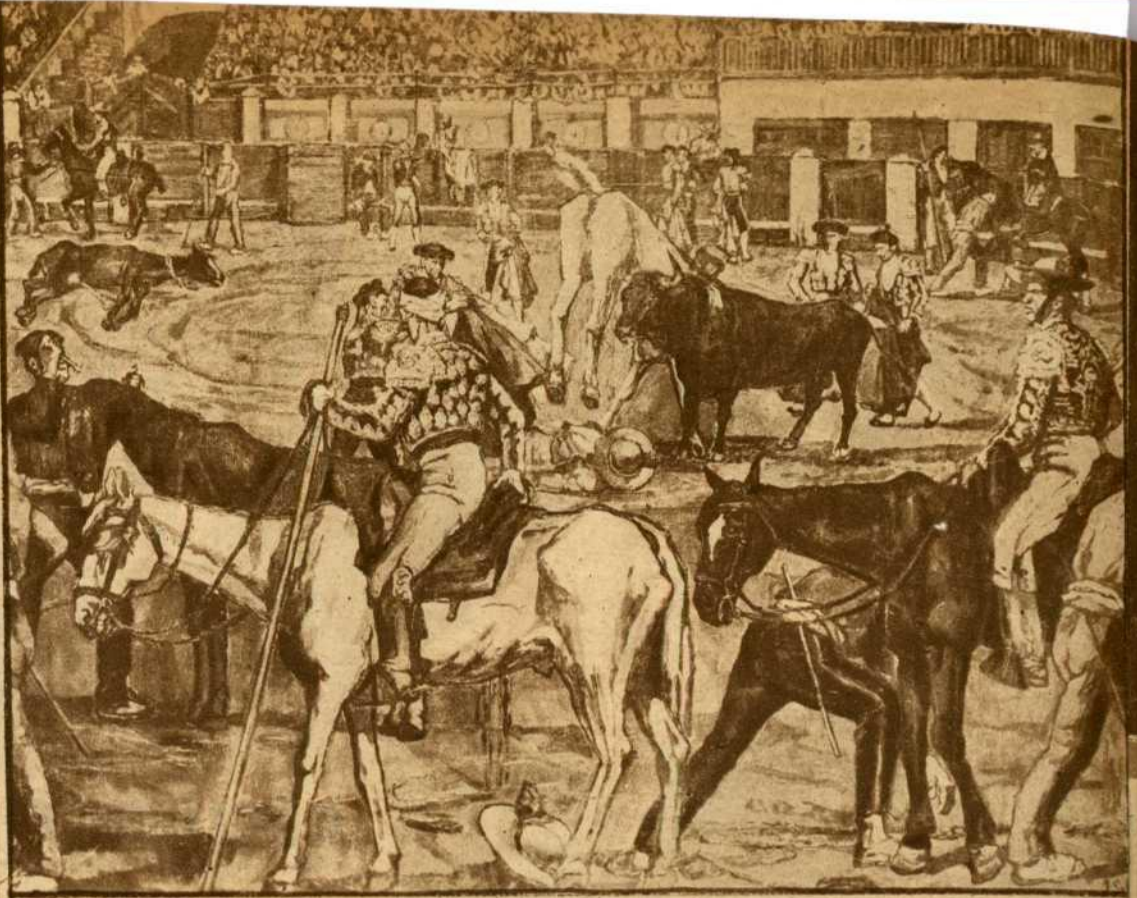




# EL ARTE y la fiesta nacional

## JOSE GUTIERREZ SOLANA y los toros

Por MARIANO S. DE PALACIOS



"Lidia". Uno de los impresionantes cuadros de Solana sobre asuntos taurinos. Nuevo estilo, nueva escuela, que recoge facetas de la fiesta que acaso otros pintores no sintieron la inquietud de trasladar al lienzo



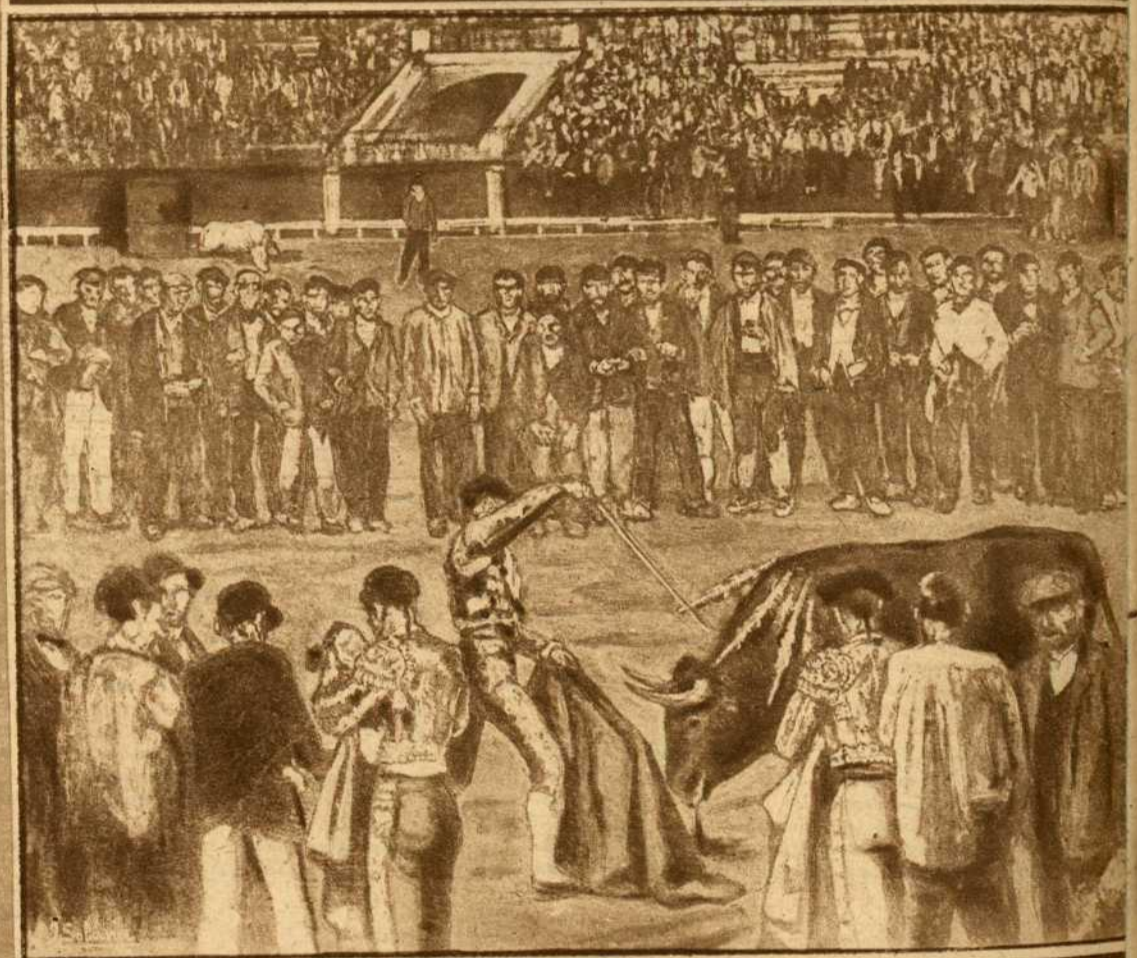
A lo largo de la historia de la pintura de todos los tiempos nos encontramos varias veces con que aquellas obras geniales que rompiendo moldes clásicos y tradicionales técnicas venían a implantar sistemas, procedimientos y clases de pintura distinta o diferente, no sólo en su concepción, sino en la interpretación, eran discutidas en su arte, negando la genialidad que tiempos posteriores habían de proclamar sin titubeos. Y era que la obra, al enfrentarse con las contemporáneas, venía a marcar abiertamente una revolución en la que precisamente se apoyaba la genialidad que el artista lleva dentro y cuyo temperamento salta al paso del cauce natural para demostrar cómo el arte no es ni más ni menos que el sentir y la manera de ver de cada

uno, creando algo nuevo y distinto bajo el sol, siempre que aliente una emoción y un impresionismo traducido en imágenes pictóricas o poéticas, escultóricas o literarias. Porque en todos los tiempos sobresalieron «excéntricos» o «vanguardistas», mejor dicho «futuristas», que anticipándose al mañana, nos ofrecían la perspectiva de una escuela que ya preveían y que ellos delataban. Y, naturalmente, estos espíritus, estos temperamentos, fantasiosos, al chocar con la realidad, se encontraban con que la realidad misma, ofendida y envidiosa de los pronósticos, les reprochaba esa llamarada genial que Goya, con la acritud de sus «Caprichos», elevó a las cúspides de la más acusada revolución pictórica. Porque también, si nos sentimos académicos y apasionados, detractores de lo antinatural, habríamos de discutir al pintor de Fuendetodos, como habíamos de censurar y criticar la obra subyugante de Theotocópuli si no «comprendiéramos» y sintiéramos respeto hacia una indiscutible genialidad de dos de los más grandes pintores de todos los tiempos, que jugaron con la técnica y el color con la magia de sus temperamentos enormemente artísticos y pictóricos.

Y así, al repasar la lista de los pintores contemporáneos, nos encontramos con que José Gutiérrez Solana viene a marcar una nueva trayectoria, un nuevo estilo y una nueva escuela en esta pintura nuestra, vencedora y admirada en todo el mundo.

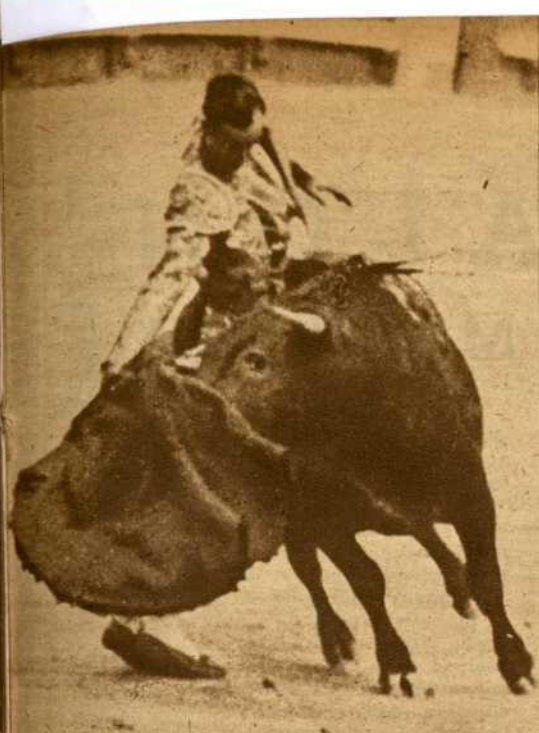
Y he aquí que en nuestra misión de traer a estas páginas el reflejo que en la pintura han tenido los toros, nos encontramos con una obra variada, extensa y pródiga sobre aspectos diferentes y momentos de nuestra fiesta nacional, que recogen facetas acaso nuevas que otros pintores no sintieron el ansia o el natural deseo de trasladar al lienzo. No es nuevo el tema, y sin embargo, siendo los toros una fiesta o espectáculo enormemente colorístico, y por consecuencia pictórico, no son tantos los artistas que al sentir la emoción del arte sintieron a la vez la emoción de los toros, fusionando los dos exponentes en una obra eterna y duradera. Y al enfrentarnos hoy con la obra de José Gutiérrez Solana observamos que hay en la interpretación de estas pinturas, indiscutiblemente geniales, una manera de «ver» y «entender» el arte, que tendrá o no detractores, pero que, estudiada desapasionadamente, observamos que encierra una emoción, una gran vibración artística en la realización del tema o en el hondo impresionismo que Gutiérrez Solana sabe poner en sus lienzos. Emoción impresionante que se acusa marcadamente en cuadros que, como «Corrida de toros en Sepúlveda» y «Lidia», dan con la bondad de la composición el interés emotivo con que se ha desarrollado el asunto. Y junto a este lienzo ese otro «El último toro» y «Suerte de varas», no carentes de una gracia ingenua, no desprovista, a la vez, de una atrayente originalidad en los tonos, en las «poses» y en esos rostros apuntados, inconclusos y ensombrecidos en los que nos parece que el autor, burlando, ha creado un arte acaso más para el mañana que para hoy, para el futuro que para el presente, que ha de comprender acaso mejor estas genialidades del más genial y recurrente de todos los pintores de estos últimos tiempos.

Lo cierto es que Gutiérrez Solana se siente dominado, atraído por el tema de toros y fascinado por él va dejando que sus colores se transformen en imágenes, en escenas y en figuras que recogen la estampa torera, los toros propiamente dichos, que es lo que al fin y al cabo él y todos íbamos buscando.



"El último toro". Cuadro de Solana. Extraña y fantástica manera de ver la fiesta nacional.—Abajo: "Corrida de toros en Sepúlveda", otro gran lienzo de Gutiérrez Solana

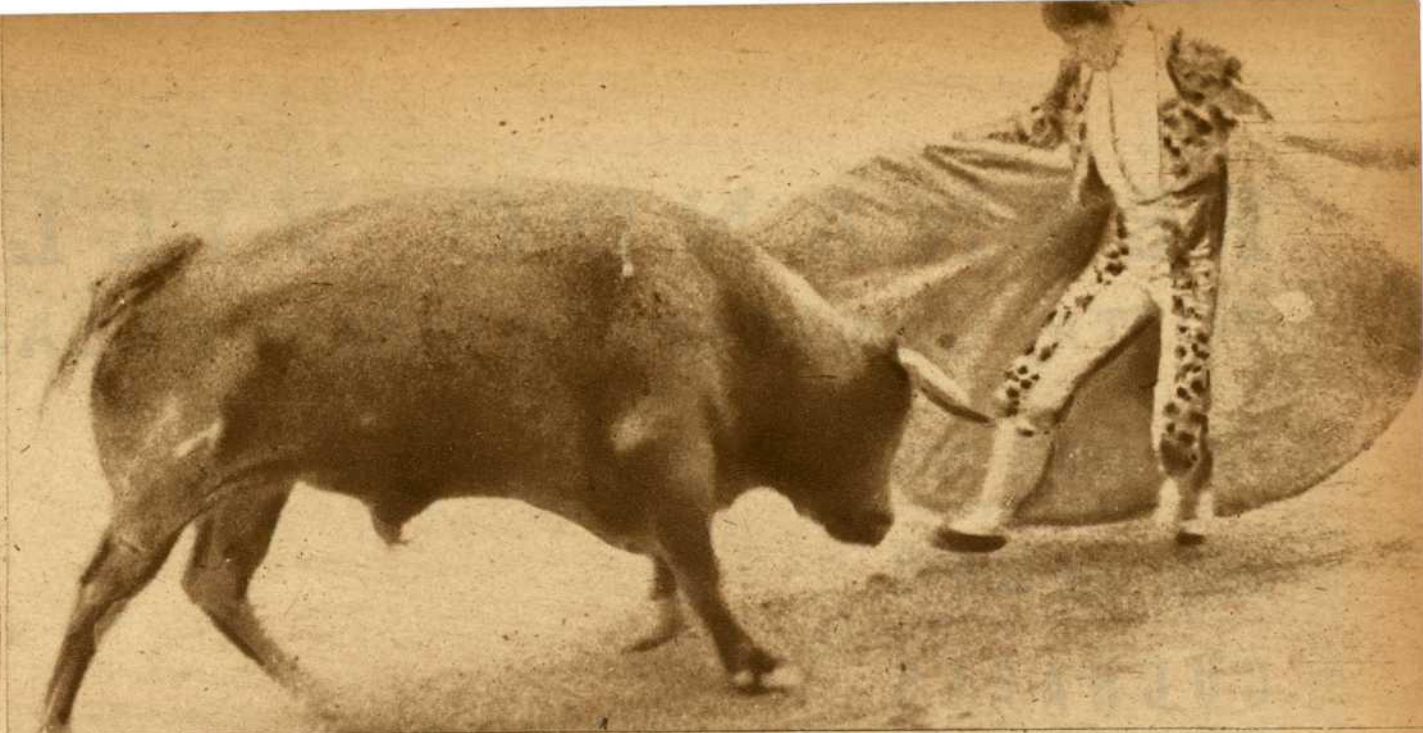
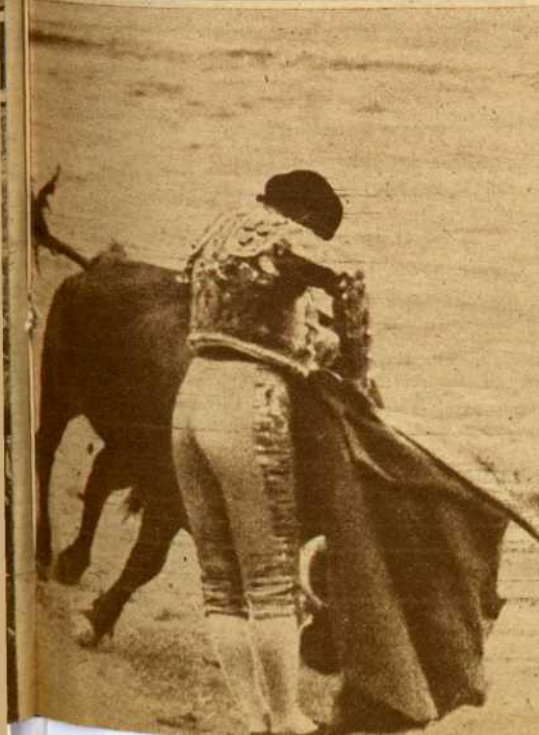




Villalta en uno de aquellos formidables derechazos



Valencia II en un ceñido pase natural.—Abajo: Chicuelo rematando a la media verónica



Marcial Lalanda, en su clásico y vistoso toreo a la mariposa, a la salida de un quite; no se puede dar más belleza ni "echarle" más valor a un lance de capa

## ASI SE TOREABA EN LOS AÑOS 24 AL 30

Recuerdo gráfico de Marcial Lalanda, Villalta, Ortega, Valencia II, Cagancho, Chicuelo y Antonio Márquez

Allá por aquellos tiempos cuando los ganaderos aun cuidaban su ganado con el mayor esmero, presentando en las primeras Plazas de España sus más hermosos y escogidos ejemplares con cinco hierbas y trescientos kilos, eran lidiados magistralmente por aquellas figuras que tanto se hacían aplaudir por su valor y mérito artístico.

Recordamos aquellos quites tan perfectos de ejecución y dominio de Marcial en su originalísimo lance de la "mariposa", hoy aun no igualados. Antonio Márquez, el torero de temple, cuyo capote y muleta servía a los astados, llevándolos toreados en la más perfecta ejecución.

Agüero, uno de los mejores matadores de la historia taurina por su enorme perfección en el modo de matar aquellos enormes toros, cruzando magistralmente e introduciendo su estoque hasta la bola en la misma cruz de las reses.

Villalta, de pura cepa aragonesa, con sus derechazos se enrollaba constantemente en la cintura a aquellos hermosos toros que tanto se resistían en abrir la boca.

Cagancho, gitano cañí de pura solera, nos recuerda aquel majestuoso y estatuario pase por alto con el que iniciaba las inolvidables faenas.

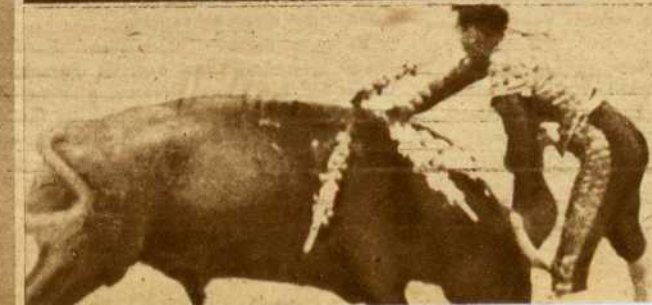
Valencia II, el torero de la emoción; su capote y muleta levantaban a todos los espectadores de sus asientos cuando los cuernos de las reses le rozaban la taquiguilla.

Chicuelo, con su diminuto capotillo (en aquellos tiempos), cuando remataba primorosamente sus quites con aquella media verónica llena de gracia y pintura.

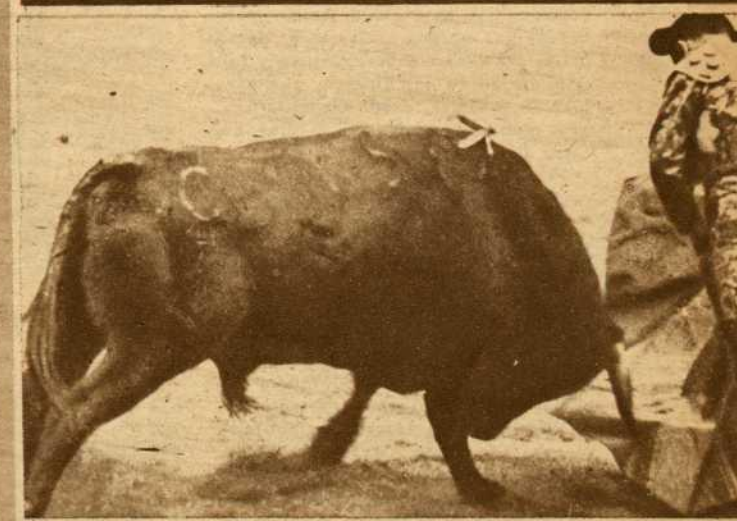
Ortega, el triunfador y el más discutido en aquellos años, cuando dominaba a los más difíciles toros que pisaban los ruedos, fácil y conocedor de su arriesgada profesión.

(Fotos Palomo.)

Martín Agüero enterrando el estoque hasta la cruz. ¡Gran matador de toros el bilbaíno!



Cagancho en un gran ayudado por alto. Los pies clavados en la arena, la figura arrogante, el pase perfecto



Antonio Márquez, las manos bajas, los pies en su sitio y el toro crecido en los vuelos del capote.—Abajo: Domingo Ortega recogiendo con su clásica maestría a un toro que se quiere marchar





# FERNANDO VILLALÓN

## POETA, GANADERO Y SEÑOR DE LAS MARISMAS

**"Me basta con  
saber que CURRO  
CÚCHARES  
hubiera preferido  
mis toros"**

Y esta frase lapidaria, contundente e irónica, «me basta con saber que Curro Cúchares hubiera preferido mis toros», salió en una ocasión de los labios sensuales, rudos y valientes del ganadero, y poeta sevillano por más señas, Fernando Villalón, para ir a encajarse en los oídos propicios y sensibles—avezados a todas las tempestades y bonanzas del talante público—de aquellos dos colosos de la tauromaquia que se llamaron Joselito y Belmonte.

Villalón ganadero, criador de reses bravas, fué en su tiempo el contrasentido—el contraestilo que se dice hoy—que violentamente rompe los moldes, la línea fácil y acomodaticia de un sistema—prolegómenos de degeneración en casta de toros—para buscar con ahínco en las reses de su divisa esa sangre espesa, áspera y fulminante en su combustión, que para mal de la fiesta, desde Guerrita acá, han rechazado todas las figuras del toreo por... «incómodas».

Fernando Villalón no tenía temperamento ni vocación de alquimista. Su laboratorio se alzaba con paredes de cristal, y a través de esa transparencia, cristalina y clara por consiguiente, toreros y torerazos, desde la opuesta ribera del Guadalquivir, se hacían cruces de terror por lo que de allí saliera. El ganadero rebelde se negaba a los amaños. ¿Qué podía importarle a él que los ases de entonces no quisieran sus toros? Tenían pura sangre saavedreña y eran, por tanto, fuertes, codiciosos, broncos y difíciles para la lidia, material que casi todos los toreros de hoy—y muchos de ayer—rehuyen porque difícilmente, sobre base tan sólida, pueden edificar esas faenas amerengadas, efectistas y de relumbrón que con demasiada y pernicioso frecuencia dejan boquiabiertos a los papanatas.

Con aquellos toros no se podía jugar al toro, porque no eran cosa de juego, sino que había que lidiarlos, «pelearse» con ellos y con ellos obtener ese triunfo maeizo, y firme que da al arte calidad y valor. ¿Hubiera supuesto nunca el conde de Miraflores de los Angeles, ganadero tonaz y por propio albedrío señor de las marismas, que cuando él se desvelaba por encontrar a sus toros, procedentes de Adalid, refinamiento de casta, de sangre y prestancia en el trapío, que había de llegar un momento en que los toreros volvieran la cabeza?

Pues eso sucede, en efecto; la vuelven. Ahora por distinta causa que entonces. En aquella época del Villalón ganadero y poeta, Joselito y Belmonte hacían muecas de contrariedad cuando cualquier empresario, o un amigo entrañable de toreros y ganaderos—Aurelio Sánchez Mejías, por ejemplo—, iniciaba la conversación sobre la conveniencia de que los «fenómenos» lidiaran una corrida del con-



Fernando Villalón, con su garrocha de «majagua» en la diestra, parecía escribir sus romances sobre la húmeda tierra de las marismas

de. Aquel ganado era duro y, por consiguiente, poco propicio al lucimiento.

Hoy muchos toreros vuelven la cabeza para mirar al tendido mientras dan un derechazo o un pase natural. No sabemos qué pensaría Fernando Villalón ante este desdén de los toreros por los toros, pero es lo cierto—aprovechamos la oportunidad para decirlo clara y terminantemente—que esa actitud de olímpica indiferencia más perjudica que favorece a los diestros iniciadores del desplante.

Supone, en todo caso, que delante se tiene un enemigo endeble, dócil e inocente, al que no hay que conceder demasiada importancia. Y si no se le concede el torero, ¿qué valor ni qué mérito puede atribuirle el público a un gesto que acusa bajo la luz del sol la ausencia de todo peligro?

Acaso los diestros no han parado mientes en este razonamiento que subraya con el ánimo mejor dispuesto, por si fuera dable la rectificación. Manolete fué el precursor de ese gesto, y en un período de escaso tiempo lo han copiado Parritas, Arrauzas, Estudiantes y demás licenciados en Tauromaquia.

¡Por favor! No le mermen ustedes al toro el poco respeto que hoy impone, porque existe el peligro de que los públicos, enterados del secreto, dejen desembocar sus entusiasmos hacia las acrobacias y funambulismos del Circo. Pero del otro.

Villalón, con su característica rudeza, jinete que hacía a su jaca campera pisar fuerte sobre el «cascahuoso» de la marisma, hubiera dicho que cuando se tiene enfrente toros de verdad, faltan ojos para mirar a los pitones.

Esto, o algo parecido, hubiera dicho aquel hombre que una noche se enfrentó con «Pernales» en los alledanos del cerro Montoro, dispuesto a hacer del bandido «una persona decente».

Pero el ganadero poeta fracasó también en su propósito. Ya no tenía en sus sentidos más que una obsesión; es, decir la había tenido siempre, pero con tal recato y pudor, que sólo podía compararse al de esas doncellas de castidad integral. Con su garrocha de «majagua» sobre la página verde de la marisma, en sus días de campo fué dando forma a esos romances suyos que nacieron en la imaginación del ganadero con la misma silvestre espontaneidad que el «zapillo» o el «asmajo» de la ribera guadalquivireña:

*En las salinas del Puerto  
se encarga a los salineros  
las garrochas de majagua  
que gastan los mosos buenos.*

*Si no se me parte el palo  
aquel torillo berrendo  
no me hiere a mi caballo.*

Al poeta, ganadero y señor de la marisma un torillo berrendo le hirió su caballo. Líricamente puede que sí; pero en la realidad no es creíble porque Villalón era un jinete campero excepcional. Más que aquel toro berrendo, a su jaca le hirió la incomprensión de los que entonces eran árbitros y dueños del tinglado taurino.

El caso es que él mismo, Fernando Villalón, marcó su epitafio, su sentencia ganaderil con aquella garrocha de «majagua» que, a guisa de pluma firme en la mano diestra y paralela a la cruz de su caballo bayo, parecía escribir sobre la húmeda tierra de las marismas esos romances de suaves y gratas consonancias en las que el poeta, tras titánica lucha, acabó venciendo al ganadero de unas reses de lidia que lidiaban muy pocos.

MIGUEL RODENAS

# EL 'OTRO' MANOLETE

## LA CORDOBESA, aquella fonda de toreros de la calle de León...

Por M. BARBERI-ARCHIDONA

Hace más de cincuenta años, una recia señora vasca, llamada doña Gregoria Echezarreta, instaló una «fonda»—tipo de hospedaje medianero entre el «Hotel de viajeros» y la «casa de huéspedes»—en una casa vieja, destaralada y oscura de la calle de León.

Cuando yo conocí la casa—allá por los años de 1909—, doña Gregoria había casado a una de sus dos sobrinas, feas las dos y como feas ariscas, con un hombrecillo regordete que tenía instalada una «pastelería» en los bajos de la casa.

Aquella pastelería no era, en realidad, sino una taberna, donde, a lo que parece, se despachaban los mejores vinos andaluces que por entonces podían beberse en Madrid.

Allá andaban «soleras», «montillas» y «moriles» en barricas empotradas en la pared, y junto al mostrador de mármol el copeo era constante.

Sobre tres balcones de la fachada, a la altura del entresuelo, grandes letras de bulto, pintadas de plata, decían: *La Cordobesa*. El mismo letrero se repetía en la muestra de la taberna, modestamente pintada al óleo, sobre un fondo verde oscuro.

La tiendecilla, sombría y mezquina, y la fonda que la coronaba, eran muy conocidas en el barrio por dos razones; la una, porque desde las dos de la tarde hasta cerca de las dos de la mañana un grupo impenitente de bebedores agotaba «rondas» de chatos. El espectáculo en sí no tenía la menor novedad. Pero es que aquellos hombres, que podían divisarse como sombras a través de las vidrieras verdosas del menguado escaparate, no eran gentes vulgares. Se trataba de toreros. Y estos toreros, a veces, se llamaban Rafael Guerra (Guerrita), Rafael González (Machaquito), el Algabeño, el Conejito y Manuel Rodríguez (Manolete). También se encontraba con ellos un antiguo lidiador, picador de la cuadrilla de Lagartijo, a quien una tragedia íntima había retirado de los toros y que llevaba todavía, a la usanza clásica, la trenza caída altivamente sobre el cuello de su marsellés: el tío «Chuchi».

Otro espectáculo que rodeaba a *La Cordobesa* de un prestigio mítico era la tartana descubierta, con las mulas cubiertas profusamente de campanillas y de madroños, que venía a buscar a los diestros los días de corrida. Los trajes de luces brillaban al sol en la calle estrecha, y todos cuantos desde nuestros balcones les veíamos marchar les deseábamos «una buena tarde» y esperábamos con inquietud aquella hora caliente del crepúsculo primaveral en que se efectuaba el regreso.

En esta hora, algunas veces un sitio de la tartana llegaba vacío, y dos camilleros, vestidos con largas blusas blancas y gorras de visera, transportaban más tarde al lidiador herido en unas oscilantes angarillas cubiertas por un tejado de hule negro.

*La Cordobesa* era, por avatares poco explicables del Destino, una «fonda» de toreros. Para ello reunía condiciones inapreciables: las alcobas eran cómodas y limpias, con amplios lechos de tres colchones y un lavabo oscuro de gran espejo con molduras; la comida, sencilla y abundante, al estilo vasco, y las sobrinas feas. Todo ello aseguraba la tranquilidad física y espiritual de los lidiadores. Además, en las tardes de desgracia, cuando la carne se había desgarrado en el «hule» más o menos grave, doña Gregoria era una madre para el torero. Le velaba noche y día, ayudaba a los médicos, suplía las tornuras del hogar lejano, multiplicaba sus actividades, siempre despiertas, y al final no ponía extraordinarios en las cuentas.

Uno de los huéspedes que necesitó más frecuentemente de estas piadosas asiduidades de doña Gregoria fué, precisamente, Manolete. (Lector: no te lames a engaño, porque aquí hablamos siempre del «otro» Manolete). Era un hombre sin suerte en los ruedos. Junto a faenas reveladoras de un estilo elegante y severo y de un valor asombroso, había extraños y desconcertantes aturdimientos, torpezas súbitas e inexplicables y una especie de repentino desaliento que todo lo deslabazaba y lo deslucía. Su arte nunca llegó a romper el hielo. Se acercaba con esfuerzo a ese número medio de contratos que anuncia las mediocridades. Y muchas veces el toro le arrollaba, y le hería precisamente en los momentos y circunstancias en que para otro, menos torero, no hubiera existido riesgo alguno.

En lo particular, Manolete era un muchacho un poco singular. Sus rasgos físicos no diferían mucho de los de este Manolete de hoy, mimado por un éxito fulgurante e indiscutible: barbilla corta y redonda, con un hoyo profundo que la dividía en dos, nariz larga, y sobre ella, dos ojos abultados, de párpados tumefactos y desprovistos de pestañas, y con los globos cubiertos perpetuamente por una especie de gasa rojiza y lacrimosa. Manolete, en aquella sombra densa de la «pastelería», sentado ante una mesa horas y horas, apenas hablaba y apenas se movía. En general no son locuaces los cordobeses. Cualquiera de aquellos lidiadores podía permanecer en silencio horas enteras sin abrir los labios más que para apurar las copas de vino dorado que extendían alrededor un aroma profundo, como a maderas preciosas. Manolete, aun más hermético que sus compañeros, solía ponerse, aun en la sombra densa en que se envolvía el interior de la taberna, unas gafas negras.

Supe el horrible secreto de aquel torero taciturno por una casualidad. Uno de mis tíos era su apoderado, y aunque de aquel asunto se trataba en mi casa con suma cautela y discreción y se le rodeaba de una reserva absoluta, no se recataban de hablar delante de mí, en razón a mi corta edad y por esa falsa idea que tienen las personas mayores de que los niños no se enteran de nada. Una dolencia había corroido la córnea, había destruido la conjuntiva, amenazaba de ceguera total e inminente al torero. Con mi tío, y envueltos en el mayor sigilo, visitaban a un oculista, el doctor Mansilla, que le sometió a un enérgico y dolorosísimo tratamiento, aunque sin grandes esperanzas de resultado.

Manolete salía a los ruedos, la mayor parte de las veces, atormentado por dolores atroces y con una visión tan turbia y confusa, que suponía en el torero un valor frenético la realización de su más deficiente faena. Era como salir al encuentro de la muerte con los ojos vendados.

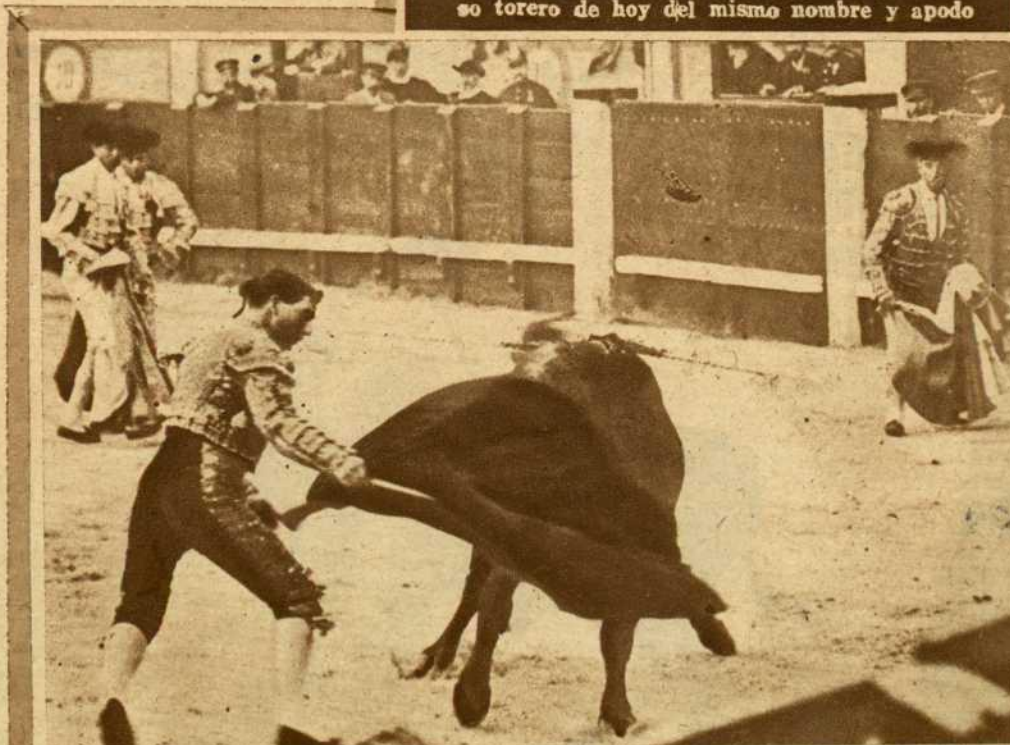
Una melancolía creciente y renunciadora invadía de sombras su juventud, como la ceguera iba llenando de oscuridad sus ojos heridos. Nadie sabía nada de aquel drama. Nadie podía saberlo. Y en las amargas tardes del fracaso, Manolete, desde los confines de sus nieblas eternas, iba diciendo adiós, una por una, a todas las ilusiones y las esperanzas de su corazón.

Así lo conoció y así lo amó una mujer bella y melancólica, viuda y de otra figura desgraciada del toro. Aquella mujer era Angustias. «Doña Angustias» la llamaba respetuosamente todo el mundo.

Poco tiempo después de su boda, Manolete renunció definitivamente al toro. Fué a refugiar su amor y su fracaso a una finca de Córdoba. Allí, tiempo después, había de nacer, pequeño y delicado, el muchacho que había de revolucionar el toro moderno: Manuel Rodríguez. El «otro» Manolete...



Manuel Rodríguez (Manolete), padre del famoso torero de hoy del mismo nombre y apodo



Una estampa de la vieja Plaza de Toros de Madrid: Manolete (padre), toreando de muleta. En actitud expectante, para «lanzarse» al quite, Vicente Pastor

# JUAN PASTOR

## El Barbero matador de toros... "hasta allí"

Por M. DIEZ CRESPO



Juan Pastor, el Barbero (colección Conde Colón)

POCO conocida es la historia de Juan Pastor (El Barbero). Bien es verdad que nada digno de mención aportó a la historia del toro, aunque sí cumplió en ocasiones con buen tino, destreza y aliento el arte de lidiar.

Pero en la vida de Juan Pastor hay que sacar, sobre todo, el ser el prototipo del torero de rumbo y jaleo. Y de su oficio sólo gustaba tener buen dinero para andar con agujeros de fuste y tronío por calles y tabernas de la ciudad de Sevilla. Buja es la frase de «quien guarda el dinero ya no es torero». Juan Pastor ha sido pues, un torero unido en gracia y esencia personalísimas al panorama de una época y de una ciudad, encarnando con su genio singular las fases del toro de antes y después de la revolución por el maestro Francisco Montes, señalando con su expresión humana el significado del toro antiguo y del moderno a través de sus pintorescos y curiosos accidentes. Sus amigos, ora bellas y finas, como la célebre Granadina, ya deformes y garbosamente interesantes, como la gitana cantadora Villagras, fueron poseídas a pie, en hitocho y en las ancas de sus buenos caballos—según dice Velázquez y Sánchez—por las principales calles de Sevilla. Nadie vistió de mozo como El Barbero, ni con más riqueza y gusto; ni hubo figurá de moda sevillana como

él, en corte y accesorios de chapas y marcelleras, sacarios y fajos, botanadores y hechuros de calañeses. Sus caballos fueron de la mejor clase, y algunos tan célebres como aquel que corrió por los gradas de la catedral y como aquel otro, llamado Careto, que no quiso «vender» por mil y cien duros a un hacendado de Montilla.

Fue Juan Pastor monumento sevillano de gracia, rumbo, majera y salero de la metrópoli andaluza, y a los extranjeros se les mostró siempre como tal. Circularon en su tiempo y algunos años después cantores que llevaron su nombre como eje del estribillo, y fueron sus horas más alegres aquellas que paso en juerga y pendencia en las tabernas de La Bomba, Las Tablas, Vivanera y Entracárceles. Por eso no comprendía que «un torero prefiriese el café a la taberna, la «cano» y «levanta» a la faja y al calañés, y el chocolate al aguardiente», y criticaba con gracia singular a los toreros que «se las echaban de finos»...

...

Nació Juan Pastor en la villa de Alcalá de Guadaíra (Sevilla) al concluir la guerra de la Independencia. Llamáronle El Barbero por dedicarse su padre a este oficio en el pueblo; pero Juan Pastor jamás fue barbero ni lo pensó nunca. Su primer oficio fue correr caravanas con toreros y gente jaleadora. Era natural, pues, que andando desde pequeño con toreros, se despertase en él la afición a tal arte.

En 1830 se abre en Sevilla la Escuela de Tauromaquía, bajo la dirección de Romero y Cándido, y Juan Pastor acudió a ella, marcando su predilección por el sistema de lidiar del diestro de Yonda.

En seguida, el señor Pedro Romero valicó el porvenir del muchacho, diciendo, después de varias toreras, que por no parar los pies en ninguna faena de trasteo ni en lance alguno de espada, sería uno de tantos en la carrera, sin opción a esa singularidad que lograron Montes, Cúchares y Domínguez.

Juan Pastor, pues, no hubiera salido adelante a no ser por su cuñado Juan León, empujado en labrar una fortuna o una posición aventajada al menos. Y a estos efectos le dió a conocer en multitud de plazas como su segundo y disgustando mucho a Yust y a Francisco Arima, que se creyeron sacrificados por la predilección injustificada de un lidiador a todas luces inferior en calidad y dominio.

Hay una anécdota curiosa durante el tiempo en que alternó Pastor con Juan León. Y fué ésta en la plaza de Trujillo, donde habían de lidiarse ocho toros de marqués de Rianzuela, ganadería mixta de célebres castas españolas y portuguesas. Y salió el primer bicho, de formidable testuz, pegajoso de condición y de tenaz recarga en la suerte de picas. Cuando El Barbero vió salir al tremendo animalito, dicen que puso cara de «aguardientes», tan sólo pensando en su breve intervención en quites, ya que le correspondía a León. Pero cuál no sería su sorpresa cuando éste se le acercó y le dijo que, como matador que era nuevo en

aquella plaza, quería «blindarle» la ocasión para que se luciera. El Barbero, entonces, le declaró con entera firmeza que no lo haría, y entonces Juan León le interrumpió enérgico y contundente diciendo que no tenía otro remedio que matar el bicho o tenía que morirse. Entonces, Pastor propuso una apuesta a Juan León, que fué la siguiente:

—Te «pones» algo a que ni yo mato el bicho ni me muero?

—Aceptado—contestó Juan León.

Y acto seguido hizo señal a la presidencia para que abriese la suerte postrera. Se verificó el cambio de trastos solemnemente, con el saludo recíproco y la aceptación de la fórmula y del «toque» por el matador nuevo, e inmediatamente se dirigió Pastor a la presidencia, ante un silencio y una expectación enorme para hacer el brindis. Y cuál no sería la impresión, tanto del presidente como del público, al oír con estentórea voz, que salió de boca del Barbero, un diluvio de insultos, impropiedades y horribles insolencias contra el alcalde, el presidente y el pueblo, que dieron lugar a una reacción por parte de los espectadores, que pedían a voz en cuello: «¡A la cárcel, a la cárcel!», siendo retenido por alguaciles y disculpado por Juan León, diciendo éste que Pastor era hombre que solía beber sin tino, lo cual producía en él enormes estragos en su mente.

De esta manera ganó la apuesta—y tal vez el pellejo—el pintoresco y curioso Barbero, y fué matado el célebre toro por Yust, a quien Juan León habilitó para despacharlo.

...

Con respecto a la historia amorosa y sentimental, pendenciosa y jaramera, pudiera seguir este relato hasta componer un libro.

Alguna vez, su descaro llegó a límites de consecuencias graves, si bien siempre salió adelante por su poderosa atracción de simpatía.

En 1849 encontráse Juan Pastor agotado de cuerpo y de espíritu y apurado de recursos. El público ya no toleraba sus resabios y sus yerros. Avesado en morarse de las leyes, rompió un pagaré en el acto de protestarse por la autoridad al efecto, y fué por este motivo preso y procesado, sufriendo pena en la cárcel de Sevilla durante cerca de un año, lo cual hizo que su salud quedase aún más quebrantada.

A fines de 1852 marchó a La Habana, invitado por la Empresa de un circo taurino recién construido, para inaugurar el coso, figurando entre Costillares, Romero, Pepe Lillo, Guillén y Montes. Parece ser que no gustó mucho, pero sí interesó más su figura como hombre extraordinariamente original en sus dichos y presencia. En su honor le dedicaron composiciones poéticas, y volvió a España al poco tiempo.

Lidió en el otoño de 1853 en algunas plazas de Andalucía y Extremadura, y cuando le preguntaban: «¿Usted es matador de toros?», contestaba ceremoniosamente: «Matador de toros hasta allí».

Murió en agosto de 1854.

# Paquito PERIS

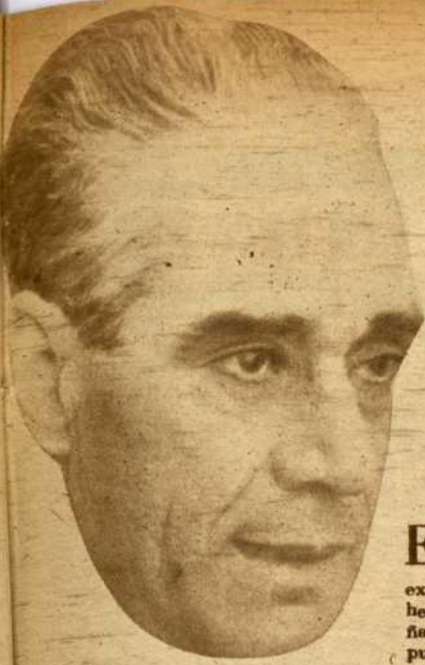


La afición ha señalado como auténtica promesa a Paquito Peris, que lleno de valor y arte ha actuado recientemente en la arena madrileña. Del tesón y la bravura de Paquito Peris pronto se harán carteleras de triunfo, que le consagraran como primera figura de nuestra fiesta



ALEJANDRO SERRANO  
APODERADO  
PIZARRO, 13  
TEL. 11759

# De Posadero a don Julián Sáiz, PASANDO POR SALERI II



El paso del tiempo ha blanqueado los cabellos del ex torero alcarreño, ha hecho aun más cenicienta su figura y ha puesto en su espíritu una nota de resignada

melancolía. Su charia flúida y suave tiene el don de cautivar la ajena atención. Al conjuro de los recuerdos van saliendo de la penumbra del pasado los heroísmos del aprendizaje, las andanzas por lejanas tierras, las tardes de gloriosa competencia con los ídolos de la torería y el ocase que nunca parecía iba a producirse...

Doce años contaba Julián cuando por vez primera contempló desde una andanada una corrida de toros. Tan fáciles le parecieron las cosas que vio hacer a Ricardo Torres con el toro, que desde aquel momento sintió florecer la vocación taurina.

Entonces, para llegar a ser torero, ni existían recomendaciones ni bastaba el tener afición. Había que remontar la dolorosa senda de las capeas. Julián abandonó su puesto de aprendiz en una carnicería para asistir a las capeas en tierras de Salamanca.

—Esta cicatriz—dice mostrando una ceja partida—me la produce al caerme en marcha desde el estribo de un mercancías. Cierta vez quise ir con un muchacho andaluz a la raya de Portugal a torear en un pueblo llamado Villetomosa. Nos introducimos en un retrete del expés y resultó que entre el pánico que llevábamos, que nos impedía asomar las narices de nuestro refugio, y el desconocimiento del idioma lusitano, el caso es que cuando nos dimos cuenta el tren hacía su entrada en la estación principal de Lisboa.

—¿Toda una odisea para unos aprendices de la torería?

—Por lo menos algo se le parecía. Con un capital común de seis pesetas y con el hato de los capotes y las banderillas, hicimos nuestra asustada entrada en la desconocida urbe.

—¿Y qué les sucedió en tan apurado trance?

—Pues que al llegar a una avenida se nos presentó la Providencia en forma de un caballero español, que por nuestro aspecto dedujo lo que nos pasaba. Provistos de un itinerario y de los medios suficientes para el regreso, facilitados por el compatriota, pudimos hacer el viaje de retorno.

—¿Data de aquella época su alias primitivo?

—Cierto. Resultaba que en los grupos de mozaletos alegres y jactanciosos era yo una nota disonante. Nunca bebí un vaso de vino, ni sabía cantar y menos bailar y ni siquiera tenía gracia para hacer las palmas en las parodias de juerga andaluza improvisadas por los compañeros. Por ello, mi única distracción era quedarme en las posadas y matar el tiempo charlando con venteros y arrieros. De ahí salió el apodo de Posadero, que no me abandonó hasta mi debut en la Plaza de Tetuán.

—¿Cómo se realizó la mutación de Posadero por la de Saleri II?

—A petición de Juan Sal (Saleri), que era entonces el empresario de aquella plaza. Los compañeros en mi primera corrida en plan serio fueron los valencianos Gordot y Copao. Corté dos orejas, me pasearon en hombros por la barriada y... me costó dinero, puesto que los honorarios no pasaron de las cincuenta pesetas.

—¿Pues si que dió usted con todo un empresario ruin-boso!

—Dicha cantidad constituía el precio único de los debutantes. Al domingo siguiente me repitieron, volví a tener una buena tarde y me embolsó la misma cantidad. Estas dos actuaciones me facilitaron al jueves inmediato el acceso a la Plaza de Madrid, figurando en el cartel con Alcalaño y Limeño. Las reses fueron de García Lama.

—Usted que tantos años pasó en América, tendrá un rico anecdótico de aquellas campañas.

—Haríamos esta conversación interminable si le contara cuantos hechos de interés me ocurrieron como torero y luego en plan de empresario. América fué siempre Eldorado de los toreros. Desde 1914, que fui por primera vez como novillero todavía—, hasta hace diez años, que realicé el último, se sucedieron mis viajes sin interrupción. Toré en casi toda la América española. A puerta cerrada lo hice en lugares prohibidos como Tucumán y La Habana. Como turista visité Estados Unidos y el Japón. Por cierto que en este último país tuve que vestir continuamente el traje corto andaluz, pues los japoneses consideraban impropio que un torero luciera otra vestimenta.

—Pafío, el rey del estaño, me hizo torear en Oruro, Sucre y Potosí. Aquí contemplé las fábricas primitivas de moneda española. En Bolivia me sorprendió una sangrienta revolución, teniendo que abandonar el país entre el fragor de los combates.

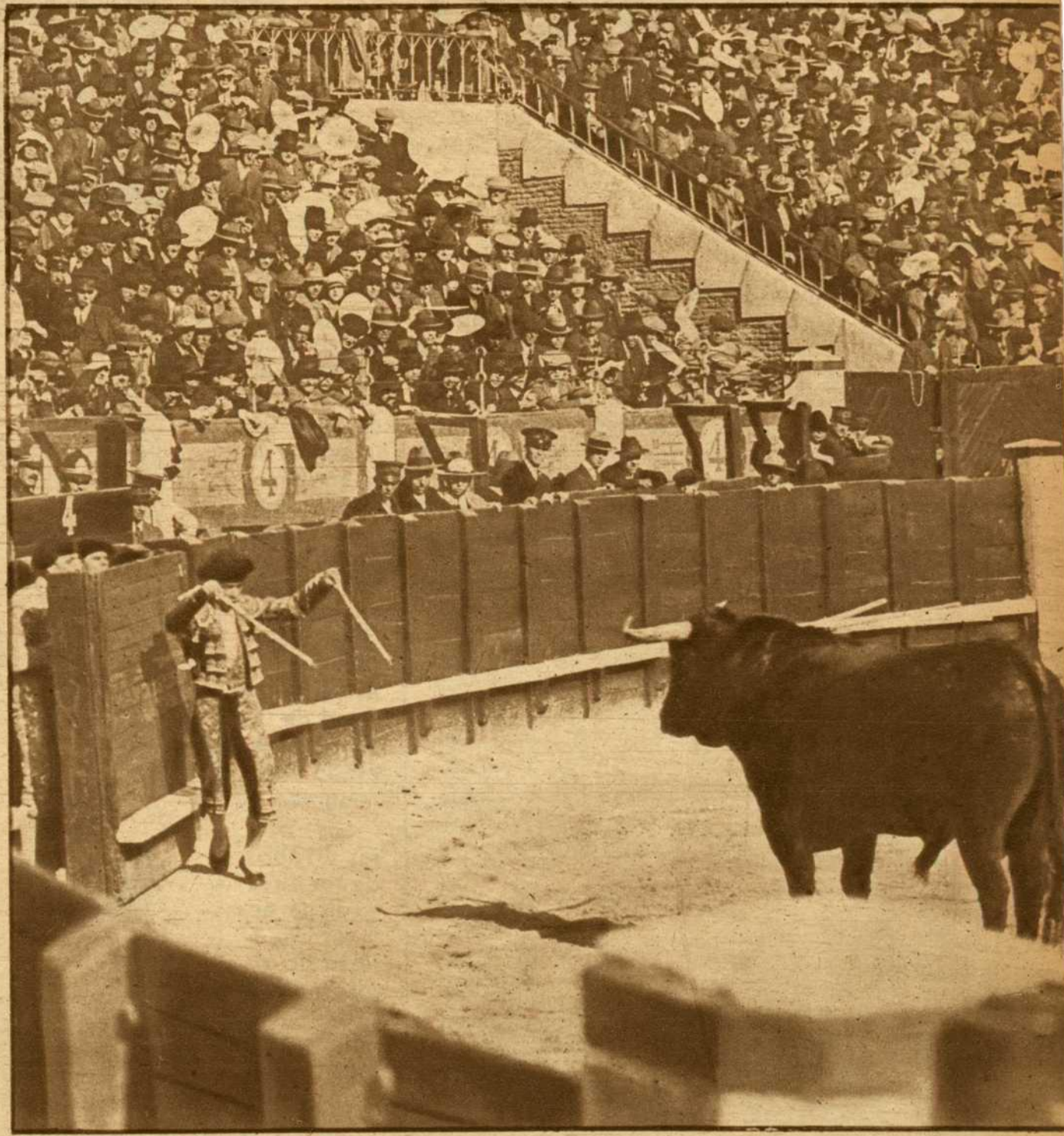
—Como empresario llevé contratados a Cañero, el Gallo, Niño de la Palma, Fuentes Bejarano y al Algabeño, entre otros.

—¿Cómo llegó usted a adquirir su formidable estilo de banderillar?

—No creo que llegue nunca a adquirirse. Se trata de un momento de inspiración que no puede llevarse hecho. Creo que todo el secreto de las banderillas estriba en dar alegría y emoción en el preciso instante de la reunión con el toro. Ejemplo de esto fué, sin duda alguna, el último de los pares que puso Arruza la tarde de su presentación en Madrid.

—¿Y aquellas competencias de los maestros en la suerte de banderillas?

—Me temo que aquello pasó para no volver. Una tarde toreábamos en Madrid Ignacio Sánchez Mejías y yo reses de Veragán. Estábamos ambos por entonces un tantico puntillosos, y el malogrado Ignacio, desde el primer momento, se propuso llevarse el gato al agua. Cogió las banderillas y con su estilo soberano colocó cuatro variados pares a cual mejor, hasta el extremo de que la gente, anardecida, pidiera la oreja antes de entrar en el último tercio. Al llegar a la barrera para coger los trastos de matar se cruzó conmigo diciéndome por lo bajo: «A ver si eres capaz de mejorar eso». Me callé y tragué más saliva de la que ya llevaba ingerida. Llegó mi toro, y sin tener presente que no estaba para florituras, cogí los palos y aguantando lo mío puse un par al quiebro desde el centro. Otro al sesgo; de frente, el tercero, y el cuarto, por dentro de las tablas. La gente, encantada con aquella competencia, no cesaba de aplaudir. Al acercarme al



Saleri II—¿qué gran banderillero!—citando para un par de dentro afuera en la Plaza vieja de Madrid

estribo devolví el guante a mi rival. Concluyó la corrida e Ignacio y yo nos confundimos en un apretado abrazo.

—De desear es que los mejicanos vengan a resucitar hechos parecidos. ¿Y a quiénes ha admirado más como excelentes banderilleros?

—Al mencionado Sánchez Mejías, a Camará, Gaona, los Armillita, singularmente a Juan, y sobre todos a Joselito, caso todavía impar en la tauromaquia. Con la pareja Joselito-Belmonte toré durante quince años, a veces 40 ó 50 corridas, y con aquellos toros de 32 a 34 arrobas y sus cinco años bien cumplidos les vi torear con tal dominio y facilidad que ante ellos todos los de su época teníamos que descubrirnos.

—¿Cree usted que hoy se torea mejor que ayer?

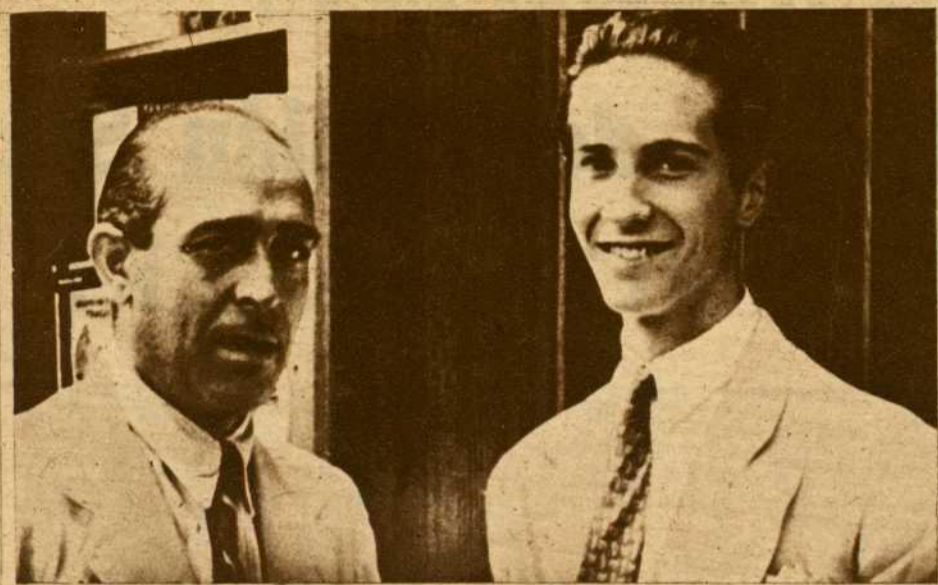
—Por lo menos es indudable que se torea más cerca. Por ejemplo, en el sitio donde Manolete se coloca para torear de muleta, nadie se atrevió a situarse; con el mérito de hacerlo igual con el toro suave que con el de arrancada fuerte.

—¿Observa algún defecto en la actual forma de torear?

—Sí; la carencia de personalidad en los novilleros, casi todos obsesionados en imitar a Manolete. Es indudable que más cerca no se podrá torear, pero cabe sí hacerlo con otro estilo y en el mismo terreno. Ahora con el torero cordobés, como antes con Belmonte, no se han cerrado las puertas a los nuevos estilos.

—Por último, quiere explicar su predilección en torear ganado de Palha?

—Muy sencillo; por mi amistad con dicho ganadero. Todos los años torea cinco corridas por lo menos y debo decir que nunca me produjeron el menor sobresalto. Los palhas, generalmente salían grandes y mansos, pero yo no les encontré otra dificultad que las derivadas de su tamaño y de su fuerza.



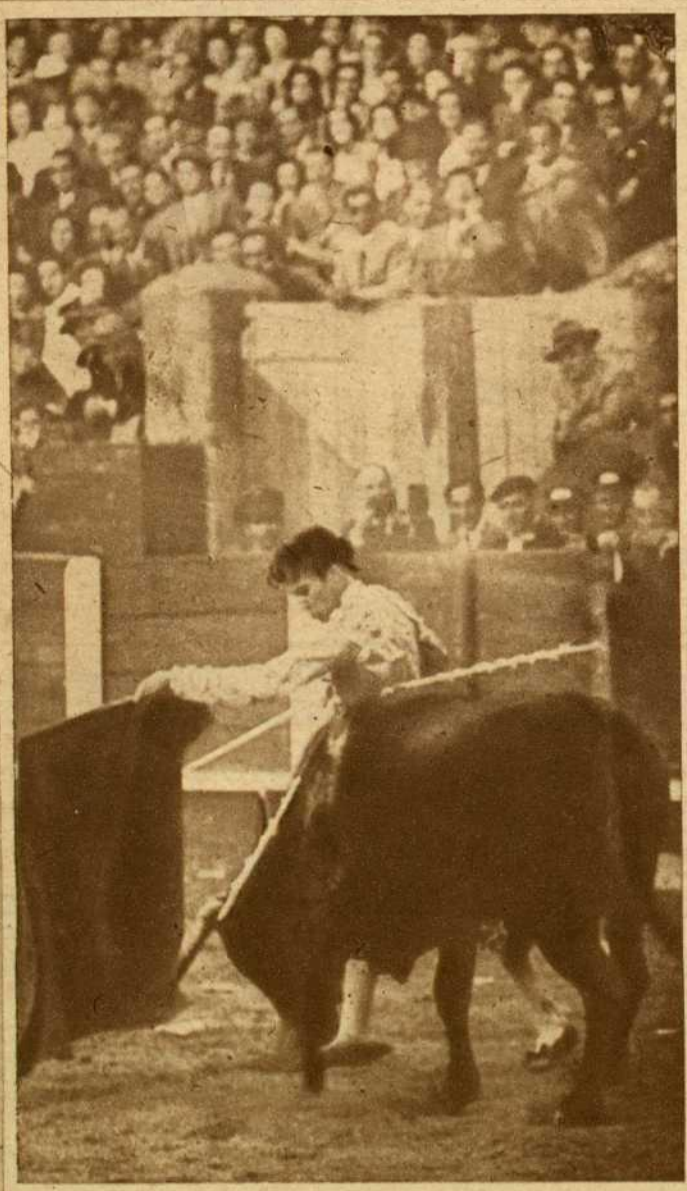
# LUIS MIGUEL DOMINGUIN HA TRIUNFADO DEFINITIVAMENTE EN SU ALTERNATIVA

**D**OMINGO ORTEGA ha dado la alternativa a un torero de verdad, que se llama LUIS MIGUEL DOMINGUIN, el niño "maestro" que llega al "doctorado" pleno de facultades y con un dominio absoluto e inimitable. El acontecimiento ha tenido su acción en La Coruña, cuya afición ha vivido las horas más gloriosas de todas las tardes taurinas. LUIS MIGUEL, dominador en todas las suertes, magistral e insuperable, hizo un derroche de valor y de sabiduría tales, que enardeció a la multitud como ningún otro torero ha podido hacerlo. Y es que en la magia torera de LUIS MIGUEL se condensan

las más puras esencias de las viejas escuelas y esa originalidad de un estilo templado y dominante.

Las orejas y rabos de sus toros se llevó en la tarde gloriosa de su alternativa LUIS MIGUEL DOMINGUIN, para su trofeo de conquistador, y de "maestro" único y triunfante,

En una de estas fotos aparece LUIS MIGUEL acompañado de Marcial Lalanda, su nuevo apoderado.



# TREINTA Y SEIS AÑOS DE MOZO DE ESPADAS

## AMALIO CABEZAS

### Se apartará de la profesión cuando le falten las fuerzas para tenerse en pie

DESDE MARTIN VAZQUEZ A JUANITO BELMONTE

**A**MALIO Cabezas limpia sonriente un estoque, mientras el matador, en la sala contigua, recibe calurosas felicitaciones de sus mejores amigos.

—¿Cuánto tiempo lleva usted dedicado a esta profesión? —le pregunto con timidez.

—Treinta y seis años— responde—. Cuando tuve catorce de edad acompañaba a las cuadrillas por Andalucía, perdiéndome feliz en el ambiente, porque me gusta como nada del mundo.

—¿Dónde hizo su debut?

—En Guadalajara (Méjico), con Marchenero y Caminero. Por cierto que ambos están aquí; uno continúa sus negocios taurinos, y el otro logró empleo como cobrador de una importante Compañía.

—¿Con cuántos espadas actuó usted hasta hoy?

—Martín Vázquez, Punteret, Juan Belmonte, Maera y Joselito el Algabaño; ahora sirvo a Juanito Belmonte desde que le dieron la alternativa.

—¿Ha visto muchas corridas?

—Durante treinta y seis años, a razón de sesenta y tantas cada uno.

—¿Viajó mucho por América?

—Sí. Conozco todas las Repúblicas y guardo agradables recuerdos. Sería fácil que volviese por allá.

—¿Cómo no se hizo usted matador?

—Tengo miedo. También siendo mozo de espadas corremos peligros importantes. En Sevilla, un toro del marqués de Saltillo cayó sobre el callejón, partiéndome la clavícula izquierda. Desde entonces busco siem-

pre el burladero, hasta convencerme de que al bicho no le gusta barbear las tablas ni hacer acrobacias.

pre el burladero, hasta convencerme de que al bicho no le gusta barbear las tablas ni hacer acrobacias.

NOS TRATAN CON RESPETO Y FAMILIARIDAD

Ahora, nuestro héroe, como de costumbre, levanta su copa brindando por la salud y la gloria del matador preferido.

—¿Suele atender el matador a las indicaciones que ustedes le hacen?

—Durante la lidja, sí. Decimos: «Ten cuidado, que el toro achucha por la derecha!» Y como él lo ha visto, rectifica su trabajo, sonriendo agradecido. Nos tratan siempre con respeto y familiaridad, justa correspondencia al cariño entrañable que por ellos sentimos.

—¿Cuándo piensa usted retirarse de la profesión?

—Cuando me falte el «aliento».



Amalio Cabezas examina y limpia uno de los estokes que ha de llevar a la corrida

ADMINISTRADOR Y SECRETARIO AL MISMO TIEMPO

Amalio Cabezas cepilla cuidadosamente, con gran amor, el vestido de luces; lo acaricia sonriendo, como si fuese una novia muy linda... Después...

—¿Quiere usted decirme cuál es la obligación del mozo de espadas?—continúo.  
—Buscar buenas combinaciones de ferrocarril, facturando equipajes a tiempo; tener los billetes con anticipación, conseguir buenos hoteles... El mozo de espadas es administrador y secretario; cobra las corridas, paga a la cuadrilla, recibe y atiende a los amigos y admiradores, en fin, desde las nueve de la mañana comienza su labor, para terminar muchas veces a las doce de la noche.

—¿Pero vive usted contento?  
—No podría huir de este ambiente. Me hice hombre en él y en él debo pasar los últimos años de mi vida. Cuando ya no sirva para mozo de espadas veré los toros de espectador, aunque tenga que ir a rastras.

—¿Es usted casado?  
—Sí, y tengo un hijo de veintidós años.

—¿Torero?  
—Profesor mercantil.

—¿Por qué no le dió usted la «alternativa»?  
—Eso, nunca! Tiene muchos sinsabores esta profesión. Recibe grandes disgustos la familia.

—Pero... si él hubiese querido...  
—Entonces... No me gusta llevar la contraria a nadie. Por fortuna, supo escoger una carrera más cómoda y menos peligrosa, que le da para vivir holgadamente.

Ha cepillado el vestido de luces y se dispone a redactar unos telegramas, porque los familiares y amigos del matador esperan impacientes la noticia feliz que a todos alegra y entusiasma.

—¿Qué haría usted si en su mano estuviese la solución de cuanto se relaciona con el torero?—sigo preguntando.

—Dar muchas corridas, para que viviera todo el mundo. Los grandes y los pequeños; los buenos y los medianos.

—¿El torero que le ha gustado más desde siempre?  
—Juan Belmonte. Nunca vi torear a nadie como a él.

—¿Diferencia que halla usted entre una corrida de sus tiempos y cualquiera de hoy?

—Ahora se torea mejor que antes. Los toros tienen menos poderío. Entonces pesaban 260 kilos, por lo menos.

—¿Qué suerte le gusta en el torero?  
—La de muleta, por su elegancia y emoción.

—¿La que tiene más dificultades?  
—Matar al volapié, marcando todos sus tiempos.

—De no haber sido mozo de espadas, ¿qué le hubiese gustado ser?  
—Matador, de noventa corridas.

—¿Dónde sintió usted la emoción más grande?  
—Sirviendo las espadas por vez primera; creí que saltarían los toros a cada instante y pasé grandes apuros.

—¿Y más miedo?  
—En Méjico, toreando Belmonte y Gaona. El público, desilusionado por la mala

suerte de los matadores, protestaba furioso. Iban a suspender la corrida. Entonces salió el cuarto toro y Juan, olvidándose del momento difícil, hizo una faena enorme, apoteósica.

Hay que telegrafiar a los familiares y amigos del matador



Amalio Cabezas cepilla cuidadosamente el vestido de luces



Hay que telegrafiar a los familiares y amigos del matador

# ¡Rafael Albaicín! ¡RESURREXIT!



**J**UANITO, el excelente cronista alicantino, testigo presencial de la apoteósica tarde triunfal de Rafael Albaicín en Sanlúcar de Barrameda, glosa así el éxito del Príncipe gitano:

"Yo lo vi, repito. Con un traje original como su toreo, azul celeste y plata, delicado y sencillo como el sueño de una virgen, en contraste con la faz del torero, angulosa y morena, de un moreno pronunciado, como un bronce de Benlliure, y lo ocurrido fué de tal magnitud, tan inenarrable, que sólo una pluma privilegiada podría traer a las cuartillas.

En las faenas de muleta, en las que el torero tendía el brazo, embarcando al toro en los vuelos y pasándosele a la altura de los machos de la taleguilla, puso tanta majestad, tanta belleza, tanta originalidad, que más que torear era bordar arabescos sobre la delicada pieza de encaje. Sí, éste es el símil. La arena de la Plaza de Toros nos pareció enorme placa de oro, y en ella Benvenuto o Miguel Ángel, con sus buriles, traídos a esta época en forma de un torero con su muleta, repujar preciosa labor para envidia de orfebres cordobeses."

## TEMAS TAURINOS

### EL IMPRESCINDIBLE CUARTEO

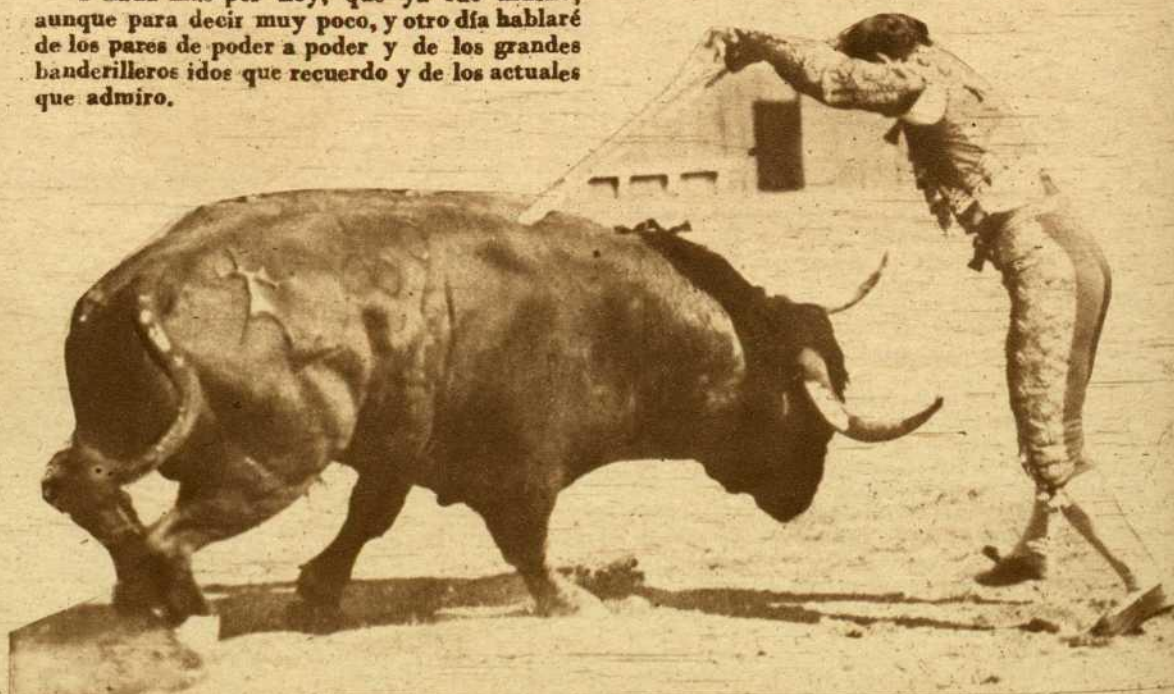
Por FELIPE SASSONE



SE atribuye nada menos que a Lagartijo una chusca definición del toreo que yo no puedo admitir, ni creo que jamás la pronunciase el famoso lidiador: «¿Que viene el toro? Se quita usted. ¿Que no se quita usted? Lo quita el toro». Nada de eso cuando quien se pone delante de un toro sabe torear. Porque torear de verdad, tancear con capote o muleta, es precisamente todo lo contrario; porque quitarse es huir, y el buen torero no huye, no se quita él, sino que quita al toro, lo aparta con el engaño, le tuerce el viaje, lo manda y le marca la salida. El toro viene y se va por obra y gracia del torero, y es éste quien se queda. Claro está que en las suertes de matar y banderillar—cuando no sea al quiebro—, ha de apartarse el lidiador para tomar su salida por pies; pero ni en tal caso puede afirmarse que se quitó; porque no se quita, no huye; mejora su viaje, traza una curva, esto es, cuarteo, para salvar el derrote o el hachazo en el momento del embroque.

Según cuanto dejo sentado en el párrafo que acabo de escribir, todo lidiador que se toma su salida y deshace por pies la reunión, hace un cuarteo. En la suerte de matar a volapié podremos admitir y aun exigir que no haya curva en el viaje del espada, y que éste entre derecho, porque la muleta entretiene al enemigo y le da coyuntura para pasar sin cuarteo; pero en todas las suertes de banderillas que no sean al quiebro o a topa carnero—únicas en que el diestro da la salida a la res—, es imprescindible cuarteo. De fuera a adentro, al revés, en el par al sesgo y hasta en el de frente es inevitable el cuarteo. No hay engaño que proteja al torero y éste ha de salvarse por pies. El par de frente se llama así porque el diestro no inicia el viaje cuarteando, sino que avanza en línea recta hacia el toro; pero en el momento en que el enemigo llega a jurisdicción, ya no tiene más remedio que trazar una curva, más o menos grande, más o menos cerrada, porque de otra manera jamás podría salvar el embroque. El par propiamente dicho al cuarteo se diferencia del par de frente—que en cuarteo acaba al fin—por la iniciación del viaje, que se hace cuarteando ante los toros prontos, que suelen arrancarse fuerte y de repente y por eso hay que llevarles ganado tirón y terreno desde el principio. El par de frente es más bonito y de más exposición; pero no todos los toros lo admiten y en cuarteo remata siempre porque no puede ser de otra manera. Banderillar, cuando no se hace a pie firme—el quiebro, mal llamado cambio—, es en resumidas cuentas, en todas sus formas, como sortear un vehículo al cruzar una calle de una acera a otra, y por consiguiente en todas las formas existe cuarteo. Cuanto más ceñido sea éste, mayor mérito tendrá el lance, el cual, en ningún caso será legítimo si el diestro no se paró un punto, cuadrando al levantar los brazos en el centro de la suerte. Porque banderillar bien no es clavar a la carrera, sin pararse, mirando por encima de los brazos alargados; sino levantando éstos, llevándose las manos a los machos de la montera y «casomándose al balcón del peligro» para mirar los arpones juntos y el sitio del morrillo en que han de clavarse. Es más: el mérito de la suerte dependerá del sitio y del momento en que encuentre su centro: éste ha de hallarse siempre cuando el torero esté en su terreno, un instante antes de cambiarlo por el del toro, y cuanto menos escorzado se halle éste con respecto al lidiador, más limpieza, más elegancia, más precisión y más grandeza de peligro tendrá la suerte. Todavía insisto en que se puede parar y cuadrar de dos maneras: o en el momento de «pasar», deteniendo el viaje con los pies formando escuadra, pero al revés, es decir, adelantada la pierna contraria al lado por donde ha de salirse, o todavía un punto antes, con los pies juntos, frente a la res humillada, para avanzar inmediatamente la pierna contraria después de clavar. El que se pase sin pararse o finja cuadrar a cabeza pasada, cuando el toro vuelva el cuello sin poder ya detener su viaje, no habrá banderilleado bien ni habrá expuesto nada, y en cambio habrá expuesto tanto por torpeza y por medir mal tiempo y terreno el que intente cuadrar adelantando la pierna de la salida, que o saldrá fea y atropelladamente por la cara o lo mandarán conjuntamente a la enfermería o al infierno, el toro y el diablo.

Y nada más por hoy, que ya fué mucho, aunque para decir muy poco, y otro día hablaré de los pares de poder a poder y de los grandes banderilleros idos que recuerdo y de los actuales que admiro.



## LOS VIEJOS DEL RUEDO

### A JOSE AGUILAR, guarnicionero de la Plaza, lo retiró de "mataor" un toro tuerto



Es el inventor y constructor de las botas y las piernas de hierro de los picadores, cuya profesión alterna con el oficio

**P**REGUNTARLE a José Aguilar que si es de Sevilla es casi una ofensa. Lo pintoresco de la charla, la figura, la retahíla constante de sus chistes y ocurrencias, lo están delatando a la legua. Entre los cachivaches de su taller, instalado en un pabellón de la misma plaza, Aguilar se desenvuelve con la misma arrogancia y marchosería que si estuviera en el ruedo. La verdad es que todo aquello resulta curioso y hasta bonito. Junto a las monturas vaqueras, las de los alguacillos ponen la nota vistosa de sus bordados y su elegancia, simulando acoplarse en los lomos de unos jacos imaginarios. Y confundidos entre los utensilios de trabajo, dan un poco la sensación de taller mecánico esos horribles aparatos ortopédicos que son las botas y las piernas de hierro de los picadores.

—¿Siempre ejerció usted este oficio?  
—Siempre que no he toreado...  
—¿Entonces ha sido usted torero antes?  
—Sí, señor, lo he sido.  
—¿Y qué, ¿se retiró usted?  
—¡Digo! Usted verá si no iba a retirarme después de que me echaron aquel toro tuerto...  
—Un toro tuerto no es un motivo que justifique la retirada de la profesión, a no ser que usted tenga sobre esto un criterio muy personal. ¿Quiere usted explicármelo?

—Pues es bien sencillo: yo soy muy supersticioso, y además aquel «mal age» me atizó una «corná» que me dejó pa' el arrastre... Yo, ya cuando lo vi «de» salir pensé en que me ocurriría una desgracia. Y cabalito: la «corná». Además, se lo voy a decir a usted claro... Siempre he tenido un miedo muy respetable, «to» lo respetable que puede ser el miedo que se le tiene a los toros. ¿Usted me comprende bien?

Aguilar va contando, entre burlas y veras, su odisea de torero.  
—Empecé a torear—dice—a los dieciséis años. Entonces tenía muchas ilusiones y era más valiente que ahora. ¡Digo! Tenía la ceguera de la juventud y del que no sabe la importancia que tiene la vida. Usted verá: con lo bonita que es la vida...

—¿Cómo fué dedicarse a los toros?  
—Porque yo vivía en ese ambiente desde que nací. Mi padre y mi tío eran picadores: los hermanos Carriles, bien conocidos en el mundo taurino. Además yo me crié al lado de aquel gran torero que fué Antonio Fuentes, que era mi padrino. De niño yo no salía de la «Coronela», la finca que se hizo famosa por ser de mi padrino. Y entre lo uno y lo otro, pues mis aficiones se despertaron por ahí.

—¿Dónde debutó usted como torero?  
—En Marchena, provincia de Sevilla.  
—¿Recuerda usted con quién toreadó?  
—Con Pacorro y el Marenereno.  
—¿Le alentaba Fuentes en sus propósitos de ser torero?  
—Nunca se opuso a que lo fuera, y cuando se convenció de que nada me haría desistir de intentarlo, entonces me ayudó abierta y generosamente.

—¿Cuál es el peor recuerdo de su vida de matador de toros?  
—El del toro tuerto. Ya le he dicho a usted que fué el que me quitó el tipo, y sin tipo sigo todavía. También en Utrera, otra tarde, me echaron un toro al corral. Y en Aranda de Duero, yendo de picador con Manolo y Pepe Bienvenida, actuando de reserva y por una intervención desafortunada que tuve, pude ver cómo se nublaba el sol con las «andias» que me tiraron... Mire usted este dedo, me lo estropearon para siempre con uno de aquellos «pelotazos». Le aseguro a usted que para mí fué aquella una tarde memorable.

—Supongo que también tendrá usted algún recuerdo grato, ¿no es así?  
—¡Hombre, sí! Tengo uno muy bueno; el día que me retiré de «mataor». Porque ahora es otra cosa. A esto que hace uno ahora yo no le llamo ser torero.

—¿Y qué es lo que hace usted ahora?  
—Pues picar toros...  
—¿Además de guarnicionero?  
—Lo uno no estorba a lo otro. Ahora que, lo mismo que en su día me arrepentí de ser «mataor», estoy por arrepentirme ahora de ser picador. Estoy mucho más a gusto trabajando en todo esto, donde no sólo no hay peligro, sino que se hace precisamente para evitar el peligro.

—¿Se refiere usted a estas botas y a estas piernas de hierro?  
—A esto me refiero. Vea usted. Estas son cosas de mi invención. Se me ocurrió hacer esto para evitar que los toros puedan hacerles pupa a los picadores. Y, naturalmente, soy yo el que construye estas armaduras de hierro contra las «cornás». Estoy muy satisfecho de mi invento.  
—¿Ha podido usted librarse con esto de las cornadas como picador?  
—No, señor, porque cuando yo empecé de picador no existían estas defensas, y los toros, claro está, pudieron darse el gustazo de cornearme cuanto quisieron.

—¿Pero también de picador? No puede negarse que ha sido usted un torero de mala suerte.  
—Y que lo diga usted. A propósito de esto recuerdo que en una ocasión, en La Coruña, me cogió un toro y estuvo casi media hora encima de mí despachándose a su gusto. Yo perdí la cuenta de las «cornás» que me atizó, y mientras tanto los toreros, los del quite, pues verá usted, ¡como si se los hubiera tragado la tierra! Pensé que lo mejor era construir estos artefactos para los pobres picadores en casos semejantes. Y aquí tiene usted la razón y el porqué de mi invento.

—Me parece estupendo, pero no creo que tanta desgracia haya excluido en usted la admiración por algún torero. ¿De acuerdo?  
—Completamente de acuerdo, y como sé que lo que usted pretende es que le diga el torero por el que se van mis preferencias, no tengo inconveniente en decirle que de los de antes, para mí el torero más grande que ha habido ha sido Fuentes, y de los de ahora, Manolete.

—¿Sigue usted la tradición familiar en el mote de picador?  
—Sí, señor. Como mi padre y como mi tío, yo también llevo con mucho orgullo el mote de Carriles, que ellos popularizaron antes. Y cuando fui «mataor», lo mismo. Carriles fui y Carriles seré mientras viva.  
José Aguilar parece ufarse mucho también de los toreros que ha llevado en su cuadrilla. Tiene un recuerdo cariñoso y nostálgico para algunos, y en especial para el Parrita, que hoy va de picador con Manolete, y para el padre de Parrita el novillero, que fueron dos buenos banderilleros de su cuadrilla.

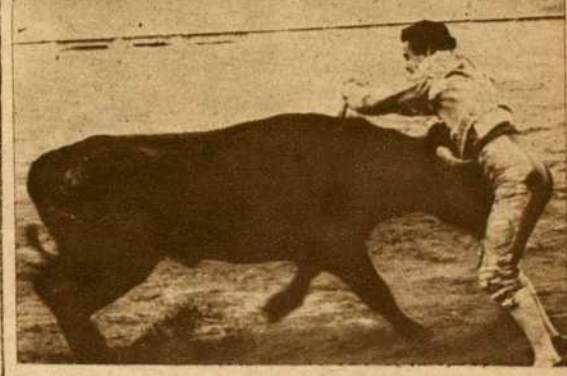
José Aguilar, Carriles, se hizo guarnicionero intuitivamente, sin aprendizaje, y porque comprendía que algo había que hacer si se retiraba definitivamente de los toros.  
Pero sin embargo buscó una cosa cerca y dentro de la fiesta taurina, en su ambiente, como el que no puede renunciar definitivamente a lo que siente. Aunque no sea torero, ni picador siquiera, él está en la plaza, trabaja para los toros, por los toreros, como si no pudiera vivir de otro modo, por mucho que se «chancee» de sí mismo... Es la afición, el amor a la fiesta, a pesar de todo.

El mismo lo resume en una frase contundente y expresiva, que parece llenarle de orgullo al pronunciarla:  
—Aquí—dice extendiendo la vista por su taller—, todo lo que huele a andaluz, todo lo que huele a toros, lo huelgo yo. ¡Y tan contento!

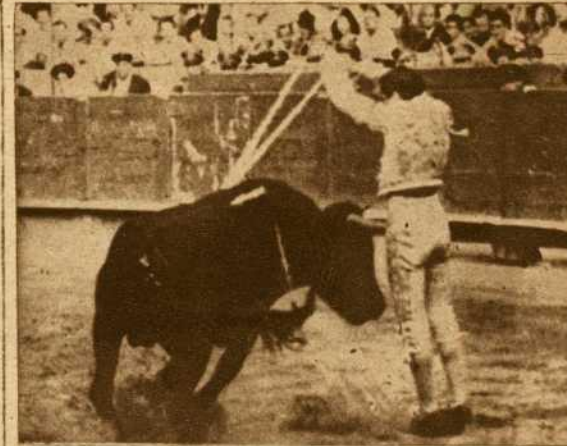
JUAN DE ALCARAZ

EL JUEVES, EN BARCELONA

### Seis novillos de Escudero, PEPIN MARTIN VAZQUEZ Y MANOLO CORTES



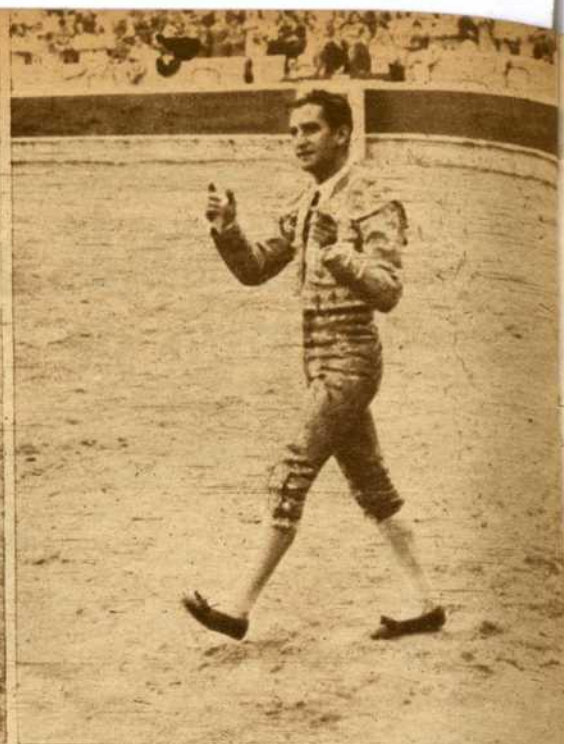
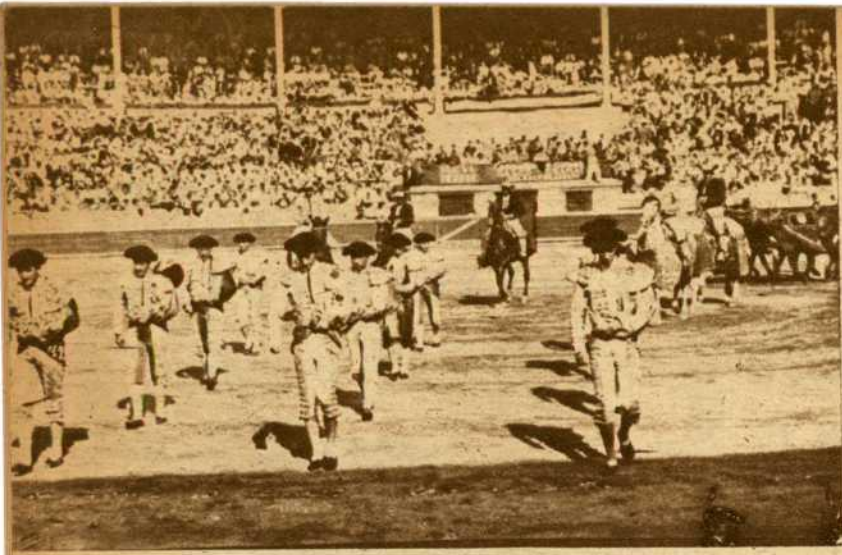
Manolo Cortés colocando un par de las cortas a su primero



Arriba: Un buen par de Peppin Martín Vázquez.— A la izquierda: Después de su gran faena al quinto novillo, saluda al público.— Abajo: Una magnífica manoleteña a su primer novillo, y un buen pase con la derecha de Manolo Cortés.

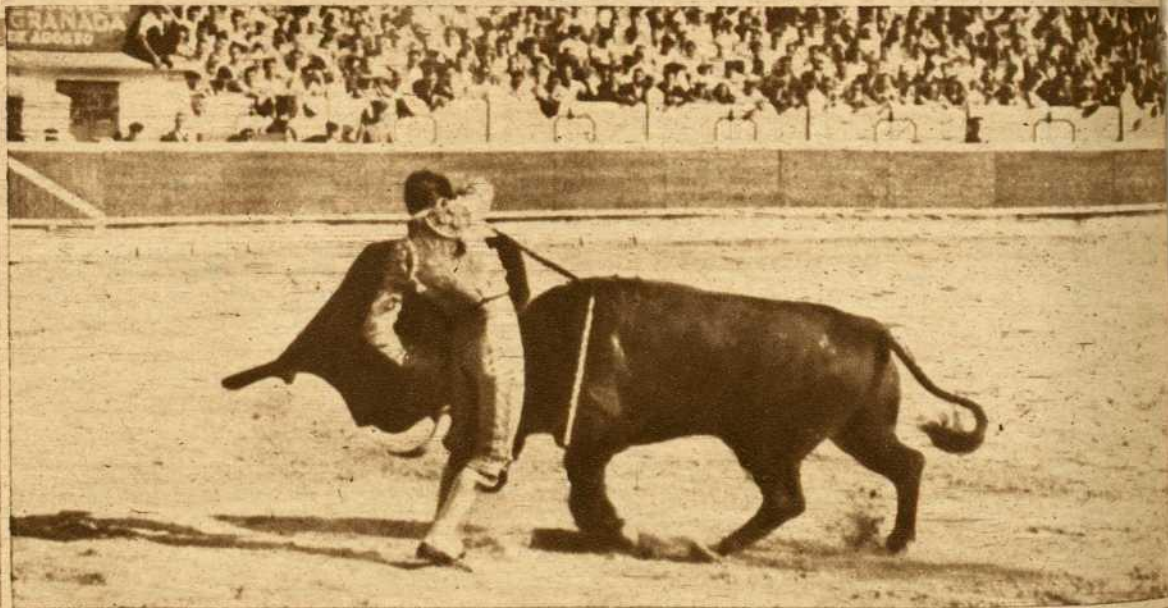


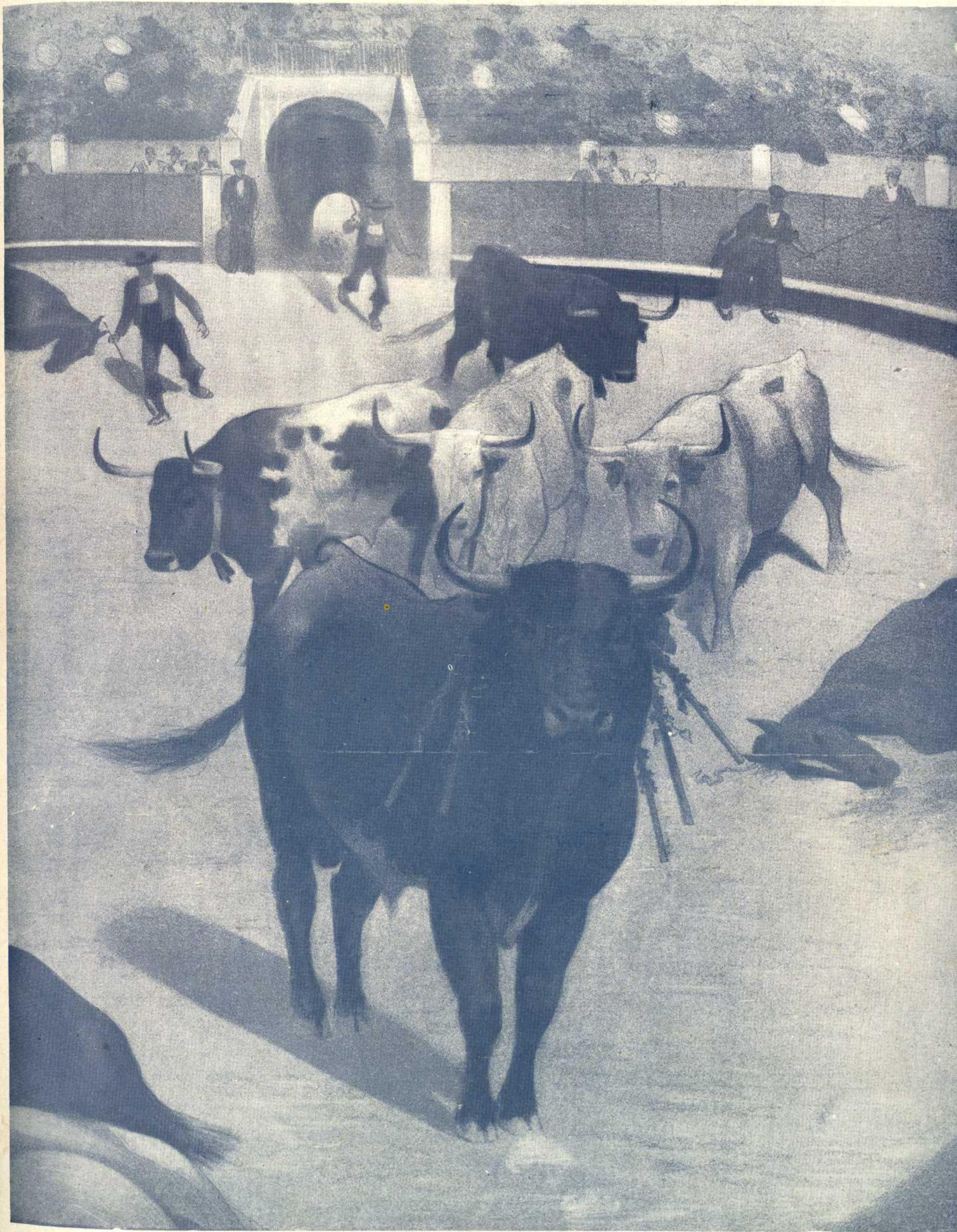




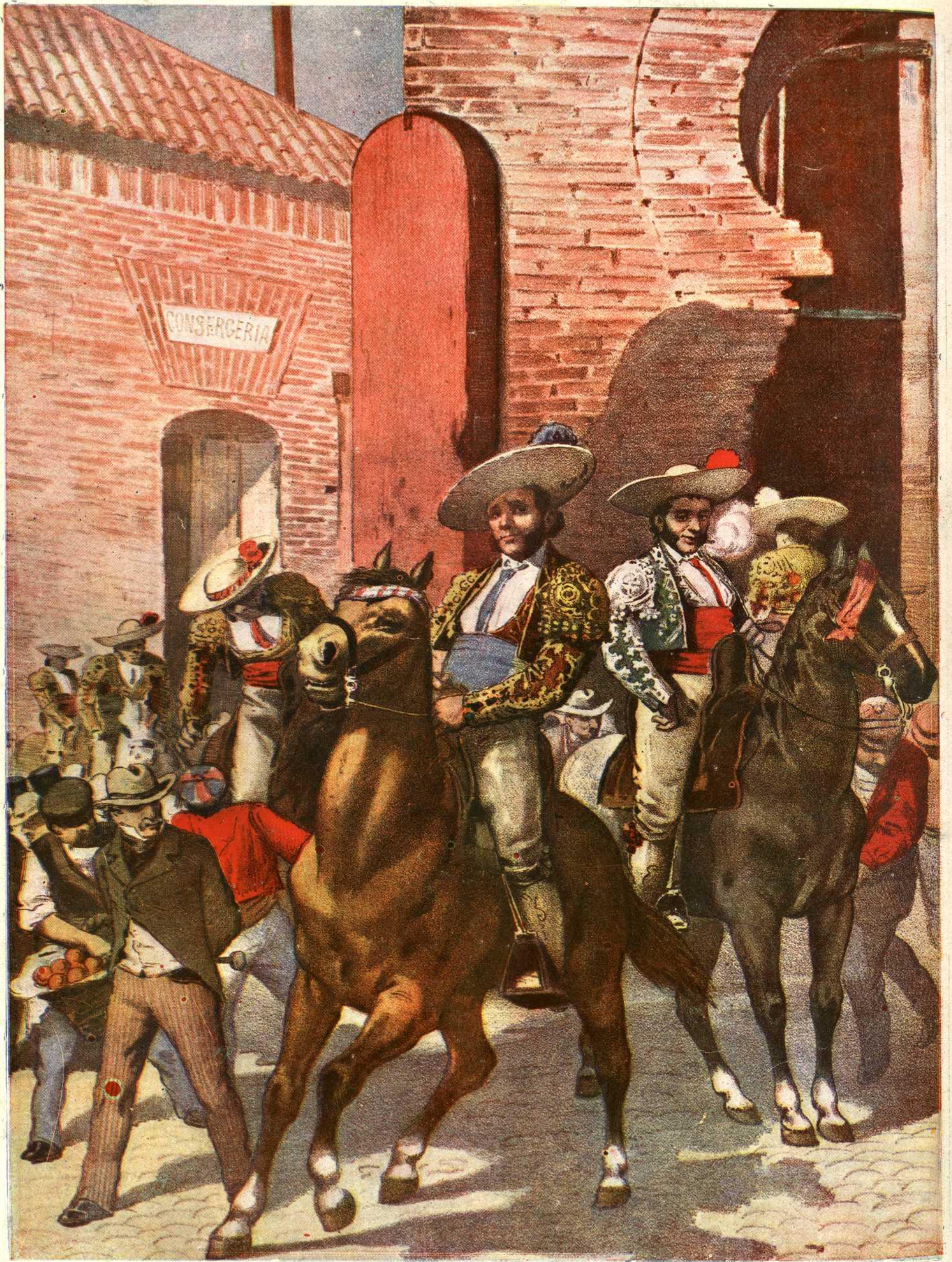
# Las corridas de feria en VITORIA

A la izquierda y de arriba abajo: Las cuadrillas haciendo el paseo.—El Estudiante, con la oreja cortada a su segundo.—Ortega toreando de muleta a su primer toro.—Manolète en un pase natural.—Arriba y a la izquierda: Ortega saluda al público y muestra las orejas cortadas a su toro.—A la derecha: Belmonte dando la vuelta al ruedo.—Abajo: Juanito Belmonte dando un afarolado.—El torero de Borox, sacado en hombros hasta el coche (Fotos Elorza)





**Perdonado por bravo**  
(Dibujo de Perea)



En el patio de caballos  
(Dibujo clásico de Lizcano)